

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

## REAL ACADEMIA DE CIENCIAS

EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

EXCMO. SR. D. JULIÁN CALLEJA Y SÁNCHEZ

el día 29 de Mayo de 1892



MADRID.—1892

IMPRESA DE DON LUIS AGUADO  
8, *Pontejos*, 8

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. JULIÁN CALLEJA

**TEMA:**

**Necesidad de proteger los estudios antropológicos en  
nuestro país.**

## SEÑORES ACADÉMICOS:

Ha dicho en la antigüedad el célebre historiador latino Tito Livio que «más violentas son las fuerzas de la necesidad que las de los hombres»; y yo, humilde penitente, vengo acogido á tan sana y cierta sentencia, deseoso de dar principio con este solemne acto á los muchos que os debo como explicación natural, compensación y descargo de mi involuntaria tardanza en ocupar el honroso sitio que en esta docta Corporación me han concedido vuestros benévolos sentimientos, mejor que mis escasos méritos. Creo como Bías, aquel integérrimo magistrado y político sagaz, que figuró entre los siete sabios de Grecia, que «la pereza es madrastra de todas las virtudes, y un pozo sin fondo en el cual todos se anegan, y que su espíritu es tan importuno que en todas las obras buenas y malas, y en todos los tiempos, nos tienta y acomete»; pero confiésoos sin jactancia que no rindo culto á esa divinidad pagana, hija del sueño y de la noche; antes, por el contrario, vengo con el firme propósito de demostrar que seré en el porvenir muy otro del que he sido hasta hoy para con vosotros: ofrenda que presento con singular complacencia, ya que por

desgracia mía no puedo dar más, pues es mi inteligencia menguada en jerarquía, y no pretendo enseñar á quienes por maestros respeto debidamente; ni soy autor afortunado de alguna verdad fundamental que sirva para abrir nuevos derroteros científicos, ó de algún instrumento ó procedimiento que faciliten los métodos de investigación; ni siquiera la naturaleza me dotó de las aptitudes otorgadas generosamente á otros para adquirir educación tan fina y perspicaz que logran apreciar en la justa medida y con toda precisión, y hasta consiguen comentar discretamente, todos los primores y bellezas del estilo y toda la sabia intención y el alcance de los clásicos más abstrusos.

Aquí vengo, por lo tanto, con todas mis debilidades y flaquezas, si bien animado de la mejor voluntad, fortalecida por la energía que siempre impone la gratitud, y confiado además en los alientos que ha de darme la vida ejemplar del insigne doctor D. Sandalio de Pereda, de quien por vuestro dictamen y veredicto soy legítimo heredero en esta egregia asamblea.

Tiempos son los que alcanzamos en los cuales merecen contarse como fortuna y privilegio singulares el tener por modelo á un sabio modesto á la par que entusiasta, el cual, como diligente y buen obrero de la Ciencia, procuró el adelantamiento de la moderna, cimentando sus progresos sobre las sólidas verdades de la antigua; y, como buen hijo amante de su Patria, aprovechó todas las ocasiones para vindicar la realidad histórica en defensa de nuestra querida y á veces preterida ciencia española; y, como hombre recto y despreocupado, supo seguir la marcha triunfante de las ciencias experimentales, sin dar en los radicalismos de Darwin, ni en los exclusivismos de Hæckel, ni en los panteísmos de Schelling y Krause, ni en los pesimismo de Hartmann y Schopenhauer, ni en los temores de Strauss.

Es, efectivamente, fortuna, y no escasa, tener antecesor tan eximio, de cuya vida podría darse cuenta exacta con sólo decir que por sus nobles acciones mereció recompensas que los hombres no pueden conceder, y por su ortodoxia científica fué respetado y enaltecido antes de abandonar este mundo, del cual debemos decir con Fr. Ludovisio, llamado Gregorio XV cuando logró ocupar la Silla de San Pedro, «que no es nuestra tierra, sino nuestro destierro».

No consideréis hijas de la amistad profesada por mí al Dr. Pereda, ni excesos de acalorada imaginación, estas desaliñadas frases que consagro á aquella alma generosa, no sometida jamás á bastardas sugerencias del egoísmo. Ahora mismo estoy aprovechando una de sus más relevantes virtudes para salir de la dificultosa situación reglamentaria en que me veo. Rindió culto religioso al cumplimiento de todos sus deberes, haciéndose fuerte cuando se consideraba más débil; y yo, como él, rindiendo debido homenaje á tan imperativa y sagrada ley, voy á ocupar vuestra atención con un punto doctrinal, ávido de alcanzar vuestro exequátur, y cuyo asunto á la par podrá descubrirnos mi desmedrada inteligencia y la ardiente voluntad que tengo de servir á nuestra querida Patria, y en ella á esta doctísima Corporación.

Es el caso que me propongo tratar de un hecho notorio, que todos estamos presenciando, y del cual puede afirmarse en conciencia que todos tenemos el mismo exacto y triste juicio: me refiero á la marcada indiferencia, ya que no sea manifiesto desdén, con que hasta estos últimos tiempos en nuestro país han sido mirados los estudios de la Antropología, cuya ciencia, con ser de extensión tal que en realidad ninguna otra puede con ella parangonarse, no cuenta en todo el territorio español ni una sola cátedra oficial donde sea posible difundir algunas de las más transcendentes verdades de tan preciada rama del saber hu-

mano. Que esta situación, por todo extremo lamentable, sea originada por la escasa afición sentida hasta hoy por nuestros compatriotas hacia tal linaje de conocimientos, ó sea imputable á nuestros próceres y hombres de gobierno, encargados de dirigir y fomentar la pública instrucción, no es ni puede ser, á mi entender, problema que no esté ya bien dilucidado y resuelto por el criterio más sano y más recto, que es el de la utilidad general, y por el tribunal más competente, el de la opinión pública.

Sólo que en materias científicas esta última no debe ser la opinión nacional, sino la del país ó países más adelantados; porque toda ciencia es producto y haber de la humanidad entera, correspondiendo por lo mismo á los miembros más sabios de la gran familia humana, cualquiera que sea su material nacionalidad, ser fundadores de la legítima y verdadera opinión.

Por esto es obvio para mí el que los Gobiernos cultos deben facilitar y proteger en sus respectivos Estados la implantación de todos los progresos científicos, que la opinión sabia acredita en cualquiera nación extraña; y asimismo me parecen sujetos al imperio de esta santa ley del progreso, en beneficio de toda la sociedad, sus Academias, cuantas Corporaciones oficiales ó privadas se consagran al cultivo de la Ciencia, y todos los particulares que están alistados en el privilegiado gremio de obremos de la inteligencia. Sólo con tantos esfuerzos reunidos y armonizados la Humanidad ha conseguido, aunque dificultosamente, vencer la ruda y tenaz resistencia que la ignorancia opone al progreso, y exclusivamente por ellos y con ellos logrará alcanzar el grado de perfección que la corresponde como dueña y señora temporal de este mundo, donde vale más saber que poseer; pues, como dice Cicerón, «la necedad es mayor mal que todos los males de fortuna y del cuerpo, y hasta puede tenerse como madre de

todos los males». Mas, por esta misma consideración, la responsabilidad del atraso y debilidad en que está la Antropología española nos alcanza á todos, tardos ya en demasía para naturalizar por lo menos los grandes adelantos que esta ciencia ha realizado en el extranjero, donde goza de vida lozana y vigorosa.

Para desenvolver, aunque sea sumariamente, mi pensamiento y demostrar *la necesidad de proteger los estudios antropológicos en nuestro país*, dividiré este discurso en tres partes: una, que ha de ser la primera, destinada á recordar los esfuerzos hechos en estos últimos tiempos en pro del mismo objeto: esfuerzos que, no por haber sido infructuosos hasta hoy, dejan de ser meritorios y dignos de aplauso; antes, por el contrario, su publicación, sobre ser debida justicia, es muy conveniente á mi propósito, porque en negocio de este género aprovecha contar con la virtud inherente á toda buena semilla, dispuesta siempre á brotar vigorosa y fecunda cuando recibe la influencia de la luz y del aire, no siendo en verdad impertinente para la ocasión actual la consoladora profecía de que aquellos esfuerzos no serán perdidos, dado que en los tiempos actuales no puede ser predicar en desierto cuanto tienda á afirmar y á extender el método experimental, porque no en vano termina este siglo proclamando la libertad de la Ciencia como conquista asegurada, ni en balde el telégrafo y el teléfono hacen de todos los hombres civilizados un solo organismo para conocer con sorprendente rapidez las impresiones de cada uno, y concurrir á la mutua defensa contra el eterno enemigo común, ó sea contra la ignorancia y el error.

La segunda parte me servirá para exponer el concepto que tengo formado sobre el objeto y extensión de esta ciencia, cuya exposición llevará, por ser mía, el sello de mi impericia en materia tan hondamente dificultosa; pero

en cambio no ha de carecer de sinceridad y moderación, ni de aquellas justas reservas que el asunto reclama, mucho más al dirigirme á doctos varones, tenidos con razón por hábiles, instruídos, y experimentados en asuntos de controversia.

Y la tercera y última parte será consagrada á señalar los medios ó recursos que, á mi parecer, podrían fácilmente ser empleados para cambiar pronto la situación de nuestra Antropología, tornando quizás su pobreza en prosperidad, y nuestros temores y desaliento en esperanzas y satisfacción.

## I

A pesar del indiscutible progreso que en estos tiempos hicieron en nuestro país las ciencias de observación, todavía el genio analítico y experimental no ha echado raíces hondas en nuestro suelo. La naturaleza española, fiel á sus glorias pasadas y amante con pasión de su independencia espiritual, tanto como de la tierra que la sustenta, no se ha desprendido, ni con facilidad habrá de apartarse enteramente, de aquella *genialidad* que merecería llamarse nacional, dueña durante muchos siglos de los gustos y aficiones científicos, literarios y artísticos, y autora, no obstante este relativo exclusivismo, de innumerables creaciones que dieron á la Patria días de inmarcesible gloria, y alguna vez tal influencia en la república de las letras, como quizás no haya alcanzado ninguna otra nación europea.

Nadie, sin pecar de sobrado injusto, podría dirigir cargos á nuestros antepasados por sus marcadas preferencias hacia la Filosofía, la Teología, el Derecho, la Política, las ciencias sociales y económicas y á toda clase de investigaciones lingüísticas, críticas, arqueológicas é históricas. Sean las causas las que fueren, es lo cierto que en este li-

naje de estudios están los mayores triunfos de nuestros padres: con ellos elevaron el esplendor de España á su apogeo, y por ellos quedaron esculpidos para siempre en el eterno libro de la Historia tantos y tales nombres que serán, como vienen siendo, uno de los más preciados timbres de nuestra raza.

El país que ha creado escuelas filosóficas tan completas, harmónicas y vigorosas como el *lulismo* y el *suarismo*; que tiene un siglo XVI, verdadero siglo de oro para los estudios filosóficos; que cuenta por hijos á Luis Vives, precursor de Bacon, y el más prodigioso pensador de su época, al andaluz Fox Morcillo, que, echando los cimientos del verdadero *racionalismo harmónico*, intentó conciliar á platónicos y aristotélicos;—el país que dió á la ciencia divina los nombres imperecederos de Arias Montano, Fray Luis de León, Fr. Luis de Granada, Fr. Pedro de Herrera y Martínez de Ripalda, y que aun para la Teología heterodoxa produjo los soberanos talentos de Valdés, Servet, Juan Pérez y Molinos;—el país que ha dado vida á Diego Covarrubias de Leiva, tan notable jurista como sabio canonista y Obispo ejemplar; á jurisconsultos tan conocidos y estudiosos como Palacios Rubios, Gregorio López y Vázquez Menchaca; á canonistas eruditísimos como Martín de Azpilcueta; á políticos tan audaces como Saavedra; á tan valientes escritores contra la esclavitud como Fr. Bartolomé de las Casas y Antonio de Sandoval;—el país que ha enaltecido al Marqués de Santa Cruz de Marcenado, á Campomanes, y á Jovellanos, cuyos estudios económicos, con especial la Ley Agraria, han sido y serán inagotable fuente de útiles enseñanzas para mejorar todos los veneros de la riqueza pública;—el país que puede inscribir entre los más insignes humanistas y lingüistas del mundo culto á Vives, Sepúlveda, Baltasar de Céspedes, Iriarte, y sobre todos al jesuíta Hervás y Panduro, de quien se ha dicho

«que aventajó en conocimientos lingüísticos á todos los sabios de su época, juntó notiçias y ejemplos de más de trescientas lenguas, y compuso por sí mismo las gramáticas de más de cuarenta idiomas, siendo el primero que sentó como base de clasificación el artificio gramatical, que es, sin duda alguna, el principio más fecundo en la ciencia filológica»;—el país, que ha dado diligentísimos investigadores é historiadores del Antiguo y del Nuevo Mundo, como Juan de Vilches, Capmany, Florián de Ocampo, Zurita, Mariana, Garci-Laso y Antonio de Herrera; y que podría reunir millares de nombres tan célebres como los aquí anotados, á manera de ejemplos, en demostración de las aficiones científicas que han dominado muchos siglos en la Nación española;—el país, en fin, que se encuentra en tales circunstancias, y que no puede por menos de ser guardador fiel de tradiciones tan gloriosas, debe defender siempre su genialidad histórica, aun cuando por propia convicción y gustoso éntre de lleno en las nuevas corrientes, agitadas impetuosamente por los portentosos descubrimientos y adelantos de las ciencias experimentales, según de ello nos dan brillantes ejemplos con su conducta prudente, perspicaz y conciliadora, filósofos muy conspicuos como Fr. Zeferino González, tan sabio y erudito como virtuoso y modesto; el extraordinario y fertilísimo Menéndez Pelayo, cuyas inagotables obras servirán siempre de provechosa enseñanza y de admiración; y el aragonés Hernández Fajarnés, cuyos estudios críticos sobre la Filosofía positiva revelan uno de los espíritus más rectos y de más levantados propósitos que han honrado á las ciencias y letras españolas.

Mas está claro que todo cuanto voy diciendo para explicar los naturales y fundados motivos que han llevado á nuestros compatriotas á prestar atención preferente á las ciencias especulativas, no significa el que nos falten hom-

bres ilustres que se hayan consagrado con singularísimos éxitos al estudio de la Naturaleza, contribuyendo en primera línea al perfeccionamiento de los métodos experimentales. Sería interminable la referencia de zoólogos, de botánicos, de físicos, de cosmógrafos, de matemáticos, de astrónomos, de geólogos, de químicos, de metalurgistas, y particularmente de médicos, que han enriquecido sus respectivas ciencias con escritos, con invenciones y con descubrimientos.

Lo cierto de todo punto es que en estos tiempos la nueva Filosofía demanda á la observación y á la experiencia medios seguros y prácticos para comprobar y para adelantar las nociones de todo lo que es material; y que ya sea porque en los pasados siglos nuestra raza no consiguió crearse la genialidad adecuada á esta suerte de investigaciones, ó ya sea porque lo dispendioso del procedimiento no se armoniza generalmente con las haciendas mezquinas de nuestros sabios y literatos, resulta evidente la inferioridad en que sobre este particular nos encontramos, comparados con muchos otros países, no obstante el favorable movimiento que es notorio á la hora presente en muchos de nuestros Establecimientos de enseñanza y en muchas de nuestras Corporaciones públicas y privadas.

De todos modos, cualquiera que haya sido el estado anterior de las Ciencias experimentales en España, y aunque todavía no estén florecientes, ni entre nuestras indiscutibles y grandes celebridades poseamos un Galileo, un Newton, un Lavoisier, un Harvey, un Darwin ó un Linneo, dos verdades consoladoras se pueden afirmar: una consiste en haberse aceptado por modo claro y terminante el método experimental en importantes enseñanzas públicas, como lo demuestran las prácticas de insignes maestros de nuestras Facultades de Ciencias y de toda la Ingeniería, y los programas oficiales que desde 1886 rigen en las Facul-

tades de Medicina y de Farmacia; y la segunda verdad, no menos saludable y útil al verdadero progreso, es la prudencia, acierto y entusiasmo con que nuestros sabios penetran en los nuevos estudios, estimándolos como á madre cariñosa de la Humanidad, que educa tiernamente á sus hijos y les instruye en todo cuanto puede proporcionarles un bien material, sin por ello implicar la negación absoluta de todo principio filosófico, ni de las reglas lógicas, ni del prestigio tradicional, y mucho menos sin creer que el cultivo de aquellas importantísimas ciencias, hasta cierto punto modernas, significa el aniquilamiento del espíritu, ni un amor indispensable á la duda, ni la confirmación y sanción del escepticismo.

Esta favorable reacción de que vengo haciéndome cargo se debe, ciertamente, á esfuerzos de todos, y alcanza á todas las ciencias experimentales, no siendo las menos favorecidas las Naturales, gracias á muy costosos y meritorios sacrificios de algunos sabios, acreedores al mayor respeto y admiración; á la Sociedad española de Historia Natural, que trabaja con verdadero entusiasmo; á la enseñanza oficial, cuyos insignes maestros luchan esforzadamente con la escasez de recursos, la pobreza de museos y laboratorios, y la falta completa de otros medios convenientes, sin desmayar en sus trabajos de investigación, ni en los docentes; y á esta egregia Academia, que desde su creación viene demostrando el eficaz celo y provechosa influencia con que atiende al engrandecimiento de estos estudios.

Y no puede ocultarse á quien, animado de sereno é imparcial juicio, siga nuestro movimiento científico y le compare al europeo, que las ventajas obtenidas alcanzan, siquiera sea con distinta intensidad, á casi todos los ramos de las Ciencias Naturales, conforme puede comprobarse en la Mineralogía y Cristalografía, en la Geología, en la Organografía y Fisiología, en la Histología y Embriolo-

gía, en la Botánica de las plantas criptógamas y de las fanerógamas, en la Zoografía de todas las especies animadas, en la Paleontología, y aun en los delicados estudios de las formas, generación y desarrollo de infinitos micro-organismos. Solamente hay una excepción por todo extremo sensible: solamente á la Antropología no ha llegado la dichosa hora de la redención.

Verdad es que las múltiples, graves y transcendentales cuestiones que forman el contenido de esta ciencia han retrasado su constitución como rama especial, dotada de vida propia, hasta en los países más adelantados; pero las cosas han cambiado ya.

Los hombres pensadores de todas partes se preocupan cada vez más de los maravillosos horizontes que estos estudios descubren diariamente, y de los dificultosos problemas que brotan llenos de vigor y lozanía; las naciones más cultas organizan Sociedades, Congresos, cátedras é Institutos para afirmar y difundir sus adelantos; su bibliografía se enriquece con increíble celeridad, hasta el punto de que sería poco menos que empresa titánica mencionar las importantes publicaciones dadas á luz, desde la mitad del presente siglo, para tratar de Antropología, de Arqueología, de Etnología y de Etnografía, del hombre actual y del hombre fósil, de Craneología, de monstruosidades, de Lingüística y de Filología, de Paleontología, y de las innumerables cuestiones contenidas en la ciencia antropológica, ó que de ella inmediatamente se derivan.

Tal movimiento europeo no puede por menos de haber ejercido decisiva influencia sobre nosotros para borrar pronto de la cultura española este lunar que empaña su tersa brillantez. En realidad, ni nuestra historia científica, ni el decoro nacional, nos consienten que siga por más tiempo el actual estado de cosas: lo cual, por fortuna, puede esperarse fundadamente que no sucederá; porque la

tarea regeneradora ha sido comenzada ya por algunos compatriotas con verdadero entusiasmo.

En efecto, se pueden recordar ciertos actos en demostración de que hemos entrado en este deseado período de regeneración, existiendo entre ellos dos muy importantes: uno de carácter oficial, y otro de índole privada, que son indudablemente los dos originarios ó iniciales.

Fué realizado el primero por la Junta de Profesores del Museo de Ciencias Naturales, dirigiendo una exposición al Sr. Ministro de Fomento en 30 de Mayo de 1873, en cuyo bien pensado escrito, después de manifestar «que la Antropología es una verdadera preocupación para el mundo sabio, ansioso de esclarecer los arduos y complicados problemas del origen, naturaleza, antigüedad y desenvolvimiento del hombre en nuestro planeta», propone en su cuarta conclusión «que, á ser posible, se instituya una cátedra de Antropología». Y por cierto que tan razonada instancia encontró pronto su merecido galardón; pues, aunque no fué creada esta enseñanza, resultó que antes de transcurridos cuatro meses, y tomándola como fundamento, la *Gaceta Oficial* publicaba un decreto creando otras tres cátedras de Ciencias Naturales, estimadas á la sazón por la misma Junta de Profesores como de mayor y más perentoria necesidad.

El acto privado consistió en la asociación de unos pocos hombres de elevada reputación científica, entre los que se contaba el malogrado Dr. D. Pedro González Velasco, con numerosos jóvenes amantes de estos nuevos estudios, los cuales, reunidos, constituyeron la llamada Sociedad antropológica, cuya vida trabajosa sólo ha conseguido demostrar, con sus esfuerzos y sacrificios, las generosas intenciones y buenos propósitos de todos los socios.

Sin embargo, un hecho de grande transcendencia está relacionado con la modesta vida de esta Sociedad, y es

la formación y desarrollo del Museo Antropológico de aquel insigne médico. Nada, ó pocas cosas en la vida de los sabios contemporáneos, he conocido más merecedoras de aplauso que la creación de este Museo, por el entusiasmo y constancia, y por la laboriosidad y sacrificios que representa para un solo hombre. Toda la inteligencia del Doctor Velasco, las numerosas relaciones que cultivó en todas las clases de la escala social, el trabajo de más de veinte años, todos sus bienes adquiridos en el penoso y honrado ejercicio de la profesión de la Medicina, todo fué amorosamente empleado por él para aumentar las colecciones del Museo y darle la índole especial que aparece consagrada por su título, así como por la inscripción *Nosce te ipsum*, grabada en su frontispicio, á fin de hacer entender á quienes atraviesan su hermoso pórtico que dentro de aquel templo de sabiduría se exige el conocimiento del hombre, cual lo exigió el oráculo de Delfos, como base de todos los conocimientos referentes á los fenómenos de la Naturaleza. El generoso servicio que este Museo prestó á la Sociedad antropológica sirvió quizás de saludable estímulo para acrecentar el entusiasmo de su creador y el de muchos socios.

Pasados algunos años, el Gobierno que regía los destinos de nuestro país en el 1882 formó el laudable proyecto de adquirir para el Estado este Museo. ¡Pensamiento nobilísimo, cuya transcendencia para la Antropología española no ha sido todavía apreciada con la debida exactitud! A este propósito el Sr. Ministro de Fomento nombró una de las más respetables Comisiones que pudieran desearse, compuesta de ilustres personalidades, de las que gozan con justicia de mayor fama y prestigio en las ciencias, en las letras, en las artes, y en la política de nuestra Patria.

Esta Comisión desempeñó su grata y patriótica tarea con el acierto que debía esperarse de las altas prendas que

caracterizaban á sus egregios individuos, y propuso con fundadísimos razonamientos, no sólo la adquisición del Museo, sino, inspirada en el propio espíritu que alentó durante la vida al doctor Velasco, también el repartimiento equitativo de los ejemplares que no revistieran caracteres antropológicos entre los Establecimientos de enseñanza apropiados, y sobre todo una conclusión redactada en estos claros, precisos y terminantes conceptos: «Que sea creada en dicho Museo una Escuela libre y gratuita de Antropología, á semejanza de las establecidas en varias capitales de Europa.»

Tan brillante y sabio informe mereció la aprobación de dos Gobiernos diferentes, en 1885 y en 1886, por sus respectivos Consejos de Ministros: precisamente de dos Gobiernos, representantes de dos partidos políticos, adversarios y fuertes. ¡Suceso en extremo consolador para el porvenir de la Instrucción pública, y que merece ser recordado para que sea imitado siempre por los que dirigen nuestros asuntos docentes, científicos y literarios! ¡Confiemos en que aquellos importantísimos actos oficiales servirán de vigorosa y fecunda semilla, llamada prontamente á germinar, desenvolverse y fructificar!

Otros actos públicos han tenido lugar que merecen ser aquí consignados por su importante significación, los cuales considero suficiente mencionar para que sea apreciada debidamente su indiscutible transcendencia.

Consiste uno de ellos en la exposición dirigida al señor Ministro de Fomento en 24 de Diciembre de 1885 por un considerable número de personas conocidas muy ventajosamente en la esfera científica, que en ella se titulan con excesiva modestia, porque merecen mucho más, «amantes de las Ciencias Naturales é interesadas en su progreso y desarrollo». Exposición que va encaminada á justificar el proyecto que la acompaña sobre reforma de la enseñanza

de las Ciencias Naturales, donde se contienen reformas é innovaciones á todas luces provechosas, siendo una de ellas la fundación de la cátedra de Antropología en el período del doctorado. Otro de los actos públicos es la comunicación dirigida á la Superioridad por el Rectorado de la Universidad Central en 2 de Marzo de 1887, recordando con buenas razones la proposición que en 1873 hizo la Junta de Profesores del Museo, cuya comunicación fué reproducida por el mismo Rectorado en 30 de Noviembre de 1889, y en cierto modo confirmada más recientemente, en 15 de Febrero de 1890, por un informe de la Facultad de Ciencias, en el cual, con sólidos argumentos se demuestra «que es necesaria, no ya conveniente, la creación inmediata de la cátedra de Antropología, existente en casi todas las naciones de Europa». Y el último acto que conozco, sin duda alguna de más elevada significación y alcance, es el dictamen favorable que sobre este asunto ha consultado unánimemente el primer Cuerpo consultivo de la Administración sobre estas materias, el Consejo superior de Instrucción Pública.

Estos son los principales antecedentes que demuestran del modo más cumplido el interés positivo y honda preocupación que acerca de este asunto se ha despertado en las esferas oficiales, en centros docentes públicos y privados, en próceres políticos, en autoridades académicas, y en muchas respetabilísimas personas interesadas en remover los obstáculos opuestos por rutina ó censurable indiferencia al acrecentamiento de conocimientos nuevos útiles, que han adquirido ya en otros países gigantescas proporciones, y que no por esto cesan en su desarrollo.

De otros trabajos interesantes, realizados por funcionarios públicos, por eminentes profesores, y por particulares entusiastas, pudiera hacerme cargo en demostración de que late dentro de nuestra culta sociedad el deseo vivísi-

mo de alcanzar esta reforma, y de que la opinión va condensándose con rapidez en este sentido; pero basta al propósito mío con lo dicho, añadiendo que la Sociedad española de Historia Natural coopera con singular éxito á este propósito, así como al de todos los ramos de las Ciencias Naturales; que ya son numerosos los particulares que dan lecciones y brillantes conferencias sobre problemas antropológicos; que se forman ricas colecciones, en especial de cráneos, por catedráticos entusiastas en las Facultades de Ciencias y Medicina de esta corte; que aumenta de día en día la afición á todas las prácticas antropométricas; y que en el más elevado centro de enseñanza, en la Dirección general, fué formulado en 1886 un proyecto, creando una Escuela superior de Antropología para el fomento y enseñanza gratuita de esta importante rama del saber humano: proyecto que, si fracasó entonces, por motivos que no son para dichos por mí, nadie debe dar por destruído, y menos por abandonado de las personas que le concibieron.

Hallándose en este estado el problema, creo legítimo esperar el triunfo, si la lucha se continúa con perseverancia, sin cuya virtud dice una antigua sentencia, «ni el que pelea alcanza victoria, ni el vencedor corona y palma». Perseveremos, pues, con paciencia y constancia para lograr el premio, y para que, ni aun en caso adverso, pueda decirsenos después de la derrota que mucho mejor es no comenzar que mal perseverar, ó bien aquella máxima conocida de Séneca: «no se puede llamar varón fuerte á quien no le crece el ánimo en la dificultad de las cosas».

## II

Con ser tan clara, tan sencilla y tan significativa la palabra Antropología, registrará pocas la historia de la Ciencia que impliquen concepto más controvertido, y, bien

mirado, con mayor razón controvertido: porque discurrir sobre el hombre, decir de él cuanto es propiamente suyo, abarcar en una sola ciencia particular todos los hechos que ofrece en su organización, en su vida, en sus relaciones cósmicas, sano ó enfermo, en su espíritu, en sus variedades étnicas, en su lenguaje, en su historia social, religiosa y política, y en tantos otros elementos que integran á la Humanidad desde su aparición en el mundo, es verdaderamente empresa de titanes, que no cabe en la limitada capacidad intelectual de un solo individuo; porque, como decían antiguos filósofos, en un hombre está y consiste toda criatura; y, como afirma Fr. Luis de Granada, «el hombre es mundo menor, porque todo lo que se halla en el mundo mayor se halla en él, aunque en forma más breve, porque en él se halla, ser como en los elementos, vida como en las plantas, sentido como en los animales, entendimiento y libre albedrío como en los ángeles». Aparte de que los talentos humanos crean aptitudes, si es que no nacen con ellas, para particularizarse, haciendo de la mayoría de los hombres, especialistas, sin duda para compensar la desproporción que existe entre nuestras inteligencias y la ciencia íntegra, desproporción por cierto bien determinada en aquellas palabras del filósofo Gorgias de Leoncio, cuando á la hora de su muerte, después de muy larga vida, decía con pena á sus discípulos: «Mi tristeza no es porque muero, sino que, con haber estudiado, toda la vida se me acaba cuando comenzaba á aprender y saber alguna cosa»: pues, en efecto, siempre en todos, la cantidad mayor de lo que sabemos es mucho menor de lo que no sabemos.

Por esto, en presencia de las diversas ramas científicas que han resultado necesarias para estudiar al hombre, no debe extrañarse el que cada sabio dé preferencia al factor ó elemento humano que es objeto de sus desvelos ó inte-

rés, considerando, siquiera sea equivocadamente, que en él está condensada la verdadera personalidad, ó por lo menos no debe sorprender que sea la aspiración á que este particular concepto deba ser tenido como el principal sujeto y el objeto preferente de la Antropología. ¡No es tarea tan sencilla en la región de las ideas señalar jerarquías, ni subordinar las ciencias particulares, decidiendo cuál debe ser entre ellas la que represente más genuina y categóricamente al sujeto por todos estudiado con igual derecho!

Demandar otra conducta más desinteresada y más recta es incurrir en desconocimiento inocente de las flaquezas humanas, aun admitiendo que fuera cosa fácil y llana el logro de aquel propósito. ¿Quién podrá convencer al anatómico de que el conocimiento del hombre, el famoso *nosce te ipsum*, se deba fundar principalmente en otro elemento distinto más importante que en el conocimiento de su compleja y maravillosa organización? ¿Quién, sin recibir por toda respuesta alguna sonrisa de incredulidad, afirmará al fisiólogo que en la ciencia del hombre hay horizontes extensos, distintos del problema de la vida? ¿Quién logrará debilitar en el psicólogo la convicción de que el alma destinada á vida eterna es pura y exclusiva esencia de la personalidad mientras que habita en su mísera, pasajera y corruptible morada carnal? ¿Quién es capaz de persuadir al etnólogo de que la verdadera ciencia antropológica tenga más anchos límites que el estudio de las variedades de la familia humana, de sus tipos y de los elementos ó factores físicos y morales que les caracterizan, sirviendo de guía fiel para su acertada clasificación? ¿Quién, sin recibir su anatema, podría negar á los sabios que estudian la prehistoria del hombre, y discurren acerca de su origen y formación de las razas, enseñándonos los primeros pasos de su cultura y civilización, y aun á aquellos otros que le estudian en la historia, dando exacta cuenta de sus necesi-

dades, de sus instintos y sentimientos, de sus costumbres y vida social, de sus ritos y religiones, de sus industrias, de sus artes y de sus ciencias, que son ellos, y no son otros, los genuinos, legítimos y naturales intérpretes de esta ciencia? Y, por último, ¿quién lograría desvanecer la ilusión de su exclusivismo absoluto, no exenta de orgulloso matiz, á aquellos contados y privilegiados talentos capaces de alcanzar con su vista, cual otros tantos Aristóteles, los confines de esta rama del saber, por más que la verdad es que desde su altura suelen no descubrir todos los detalles que la esmaltan como las innumerables estrellas al firmamento?

Nada, pues, es más natural y más humano que la controversia habida, y todavía no terminada, para definir bien esta ciencia, cuya discusión no concluirá si antes no se llega á convenir puntual y precisamente en el planteamiento de los términos del problema.

Fuera de duda se halla, y lo ha estado desde la edad de la Filosofía griega, que en un sentido amplio todo ramo del saber humano destinado á estudiar al hombre, bajo cualquiera de sus aspectos físico, moral, histórico, religioso ó social, se contiene en la Antropología; pero es obvio que este concepto tan desmesuradamente comprensivo no es el que ha dado lugar á las diferencias de apreciación existentes; porque al fin y postre, cuando á la ciencia antropológica se asigna tanta extensión, ella desaparece en realidad como ciencia especial, y desde luego se aleja del concepto moderno con que todos los sabios, en medio de sus múltiples y encontradas opiniones, la aprecian.

Las dificultades han surgido de dos puntos que siempre ofrecerán motivo para juicios contradictorios: uno relativo á la extensión, la cual quieren algunos sabios reducir á la natural capacidad de nuestra inteligencia; mientras que otros comprenden la imposibilidad de esto, vi-

niendo en cierto modo á la creación de varias ciencias especiales por el fraccionamiento de la que es su verdadera matriz. La segunda dificultad se refiere al dualismo de la naturaleza humana, del que derivanse hechos y fenómenos, cuyo estudio demanda métodos y procedimientos distintos y de tal manera peculiares que, si por un lado cada cual de éstos se halla armonizado con la índole ó genio de aquellos que les son conexos, por otro lado resulta difícil fundir á todos en la misma rama científica, para que ésta aparezca con individualidad bien definida.

Y ha ocurrido en esta tenaz discusión lo mismo que acontece en todas las grandes luchas de las ideas y principios referentes al saber humano: los contendientes se han ido reconcentrando y agrupando conforme á sus afinidades y tendencias, para dar como resultado los dos grandes bandos que representan el eterno dualismo del pensamiento en la historia de la Filosofía: el uno, campeón decidido de la materia como productora de la forma humana, de su construcción plástica, y de todos los cambios debidos á su propia actividad y á su comercio con los agentes cósmicos existentes; y el otro, denodado defensor del espíritu, que da temporal animación á nuestro cuerpo, y en concepto suyo aparta al hombre de todo otro ser viviente, hasta el extremo de creer que la confusión, y aun la sola comparación, de cualquiera ser indotado de razón con el hombre constituye una verdadera detentación de la dignidad de éste.

Pues bien: después de examinar desapasionadamente el problema, se ve de modo claro que los dos bandos rivales pueden en este asunto dar tregua á sus hostilidades sin detrimento de ningún género para sus respectivas convicciones; porque aquí no se trata de resolver la cuestión fundamental que separó á los platónicos y aristotélicos, y que siempre ha mantenido viva la disputa entre espiritua-

listas y materialistas: á la Antropología no incumbe penetrar en el examen de las nociones ó principios elementales de la Filosofía; ni después de admitidos, como no se puedè por menos de admitir, la materia y el espíritu cual los dos elementos humanos indispensables, necesita preferir sistemáticamente á uno de los dos; ni siquiera tiene que hacer su clasificación categórica; ni en realidad aquí se trata de desenvolver una noción abstracta ó general de la lógica, ó algún concepto de los que llamaban *puros* los sistemas panteístas. Todo el problema está reducido á determinar, aunque sea convencionalmente, cuáles hechos y fenómenos de la Humanidad merecen agruparse formando la Antropología, de tal suerte que no deban formar ya parte del contenido de las otras ciencias con ella conexas y que merecen genéricamente el calificativo de antropológicas.

En virtud de estas consideraciones se deduce que es camino natural para llegar fácilmente al término deseado examinar las fuentes de donde la Antropología debe cosechar sus propios elementos ó factores: tarea que, aparte de la utilidad que presta á este expreso propósito, demostrará cumplidamente las últimas conexiones de esta ciencia con otras varias que discurren sobre el hombre con fines absolutamente diferentes, constituyendo con razón otras tantas ciencias particulares, como á continuación se comprueba con algunos ejemplos relativos á las principales.

La Anatomía humana hace la descripción de todos los órganos, de los tejidos y de los elementos materiales organizados; los estudia en todas las edades sin perder su extensa y legítima jurisdicción mientras que analiza y describe la organización individual, sin más objeto que conocer los caracteres de ella para formular sus propias leyes: empresa que no debe ser confundida con las investigaciones anatómicas de la Antropología, enderezadas á deter-

minar los caracteres físicos ó somáticos de los grupos humanos, con el fin de puntualizar las diferencias permanentes que hay entre las razas ó variedades de la gran familia humana.

Materia pura de la Fisiología del hombre es la investigación ó conocimiento de la vida que se manifiesta en todas las partes del cuerpo, resultando el más íntimo consorcio entre las propiedades fisiológicas y la estructura de los órganos, cuya unión hace de la Anatomía y la Fisiología dos ciencias casi inseparables. Pero en el campo de la Antropología entra de lleno la determinación de las diferencias que hay en tales propiedades de las razas humanas comparadas entre sí; porque del mismo modo que la forma y desarrollo de algunas partes del cuerpo cambia entre los grupos humanos, varían también sus funciones, precisamente, á causa de las estrechas relaciones que existen entre las partes y los actos por ellas ejecutados.

Problema importantísimo de Climatología es para los higienistas estudiar las condiciones de una localidad en donde habitan masas humanas para conocer su salubridad y mejorarla; mas tórnase en problema antropológico, cuando los propósitos consisten en señalar sus distintas influencias en cada grupo humano, sea en el corto tiempo de la vida de una generación, ó sea en el transcurso del tiempo mediante la herencia, ó cuando tiene por fin descubrir y fijar las diferentes aptitudes morbosas é inmunidades que, en efecto, desenvuelven según las razas.

El psicólogo tiene por natural sujeto de sus meditaciones las facultades del espíritu, siendo de su legítima incumbencia la debida interpretación de los instintos, de la inteligencia, de los sentimientos y de las pasiones; mas surgen problemas muy transcendentales de Antropología, al comparar tales elementos dentro de la misma familia humana y examinar los variados modos con que se han

desenvuelto, y los grados de perfectibilidad tan distintos á que todos ellos, hasta la propia razón del hombre, han llegado según las razas.

Fuera de toda controversia está, al parecer, el derecho que asiste á la Sociología para ocuparse, entre muchos otros asuntos, del matrimonio, de la familia, de las costumbres y moralidad de los pueblos, de la propiedad, de las religiones y de la política; pero no es menos cierto que todos ellos engendran muy importantes problemas antropológicos, como resultado natural de la mutabilidad de las sociedades humanas. ¿Y cómo no había de ser así cuando ofrecen los pueblos tantas diferencias bajo estos aspectos? ¿cómo no había de llamar mucho la atención del antropólogo la variedad con que se han constituido y desenvuelto muchas asociaciones en los tres períodos de la vida humana, en el salvaje, en el bárbaro y en el civilizado? ¿cómo no ha de ser de vivísimo interés antropológico el señalar siquiera la diversidad con que algunos grupos humanos comprenden ciertos conceptos fundamentales de la sociedad, como, por ejemplo, la verdad, la belleza, la moralidad y la propiedad? Resultará al cabo, por lo menos, que si la Sociología es ciencia que sirve para dar reglas que perfeccionen la sociedad, la Antropología servirá para facilitar mucho aquella tarea, historiando exactamente todos los hechos y progresos de sus diversas razas y determinando sus diferencias.

En fin, lo mismo que vengo exponiendo acerca de las ciencias especiales referidas, se podría repetir de la Paleontología, de la Arqueología, de la Lingüística, de la Patología y de otras que, sin embargo de hallarse particularizadas con exactitud rigurosa, dan lugar con sus mismos asuntos á otros propios de la Antropología: fenómeno que demuestra, por un lado, los nexos que unen á estas ciencias; y, por otro, que el particularismo científico tiene su

razón de ser, no en el sujeto estudiado, sino en el fin ú objeto que persigue; como sucede en esta ocasión, pues el estudio del mismo sujeto, que es el hombre, da lugar á varias ciencias diferentes hasta en su índole, estilo y método.

Ahora bien: dedúcese lógicamente, como doctrina útil de los ejemplos citados, que la Antropología tiene caudal propio, asuntos que son de su legítima y exclusiva jurisdicción, y que, en sentido estricto, no son antropológicas las ciencias referidas, no obstante ser clasificadas como tales por ciertos filósofos modernos obras de Anatomía, de Fisiología general, de Psicología y hasta de Higiene; y de igual manera resulta que, teniendo analogías innegables con la Historia Natural, tampoco se formaría cabal concepto de ella apreciándola ó calificándola de simple Historia natural del hombre.

Si para demostrar esta tesis fueran necesarios nuevos argumentos, bastaría añadir á lo dicho que cada una de aquellas ciencias se ocupa de un solo aspecto humano, y no del hombre bajo todos sus aspectos, observándose en cada una de ellas este fenómeno por demás curioso, dada su contradicción aparente: mientras que de un lado todas se reducen á describir individuos, aunque para conocer lo normal y lo anómalo sea preciso referir las descripciones á tipos ideales que reúnan todas las perfecciones; por otra parte pueden extenderse ó generalizarse á seres que no son de la familia humana, como la Anatomía y Fisiología generales, destinadas á tratar de la organización y de la vida de todos los seres; mas, á pesar de esta generalidad, nadie podrá desconocer que estas ciencias sólo operan sobre individuos. ¡Como que para construir la anatomía humana es bastante hacer la descripción de un cadáver humano que sea el tipo descriptivo deseado!

En realidad, entre estas ramas científicas que, no

siendo la verdadera Antropología, sin embargo se ocupan del hombre, sólo hay una que sea exclusivamente humana, la Psicología, á la cual pertenece este privilegio, porque la excelencia del alma racional, la índole de la palabra articulada, el *verbum mentis* que con razón los antiguos escolásticos declararon exclusivo del hombre por ser el alma real del lenguaje, son fenómenos tan humanos y característicos que jamás lograrán extender á otros seres vivientes todos los desvaríos de los materialistas. Pero, así y todo, la Psicología hace su estudio sobre individualidades; y, enfrente de todas estas ciencias, la Antropología es la que analiza las colectividades humanas; la que hace sus observaciones sobre masas, y no sobre individuos; y la en que ni uno sólo de sus asuntos puede particularizarse, porque adquiere todos sus datos en muchedumbres ó multitudes, y jamás en una sola persona: resultando todas sus leyes de índole tan humana que ninguna se puede aplicar ó generalizar á las ciencias consagradas al conocimiento de los demás seres vivientes de la creación.

Con respecto á la Historia Natural, no se puede negar que ofrece en apariencia semejanzas tan grandes con la Antropología, que tiene justa disculpa la opinión de los sabios que califican á esta de *Historia natural del hombre*: al fin y al cabo aquélla aprecia también colectividades de seres vivos, describe las especies y aun las variedades, prescindiendo de los individuos; refiere las costumbres é instintos al género de vida y distribución geográfica de estas masas vivientes; y se ocupa de todo cuanto puede conducir á su más acabada y perfecta clasificación. Pero la verdad es que en el hombre la naturaleza moral se sobrepone hasta tal punto á la parte física que su descripción, es decir, la del género humano, no se puede acomodar á la norma de la Historia Natural: la Humanidad aporta elementos ideológicos enteramente nuevos que di-

fieren por completo de los analizados por los naturalistas, y obligan á usar otros procedimientos. ¿Qué investigaciones lingüísticas ni arqueológicas ofrecen interés en Historia Natural? ¿qué grado de cultura ó de civilización de los animales puede dar margen á problemas de transcendencia verdadera? ¿dónde están las evoluciones de la vida social y política fuera de la especie humana? ¿qué perfectibilidad se ha encontrado en los actos realizados por los animales desde su presentación en la tierra? ¿qué analogías caben entre la vida de los irracionales, tan pasajera como su cuerpo, y el alma humana, que en la tierra adquiere por sus libres actos premios ó castigos eternos? ¿nada han de significar los grandes sentimientos que han engendrado y engendrarán héroes y mártires? ¿pueden ser vanas ilusiones este amor que sentimos por nuestros queridos hijos, mil veces más puro, más elevado y más duradero que el de los irracionales, y el cariñoso, apacible y respetuoso recuerdo que vive siempre en nuestros corazones de las venerandas sombras de nuestros padres? Existe, por tanto, un abismo entre la Historia Natural y la Antropología, hasta el punto de que esta última quedaría muy restringida limitándose á los horizontes de aquélla: abismo que en realidad todos los autores reconocen cuando en sus obras se ven insondables diferencias que señalan por modo terminante y claro la distinta índole de una y otra ciencia: así es que, mientras la Historia Natural llena casi todas sus páginas describiendo caracteres anatómicos y fisiológicos, los antropólogos ocupan el mayor número, y desde luego los capítulos más importantes, discutiendo hechos y fenómenos que no son del orden físico.

Por supuesto que no por lo dicho incurro en la exageración de eliminar al hombre de la escala zoológica; esto sería grave error, porque las diferencias anatómicas y fisiológicas que le separan de los animales son muy ende-

bles para que todo naturalista recto y sincero deje de colocar á la especie humana en el lugar primero y más elevado del orden de los mamíferos. Lo que significan las anteriores afirmaciones es que la Historia Natural aplicada al hombre debe mantenerse dentro de los horizontes que tiene cuando se aplica á las restantes especies vivientes; y como en la Humanidad aparece la razón, que es un elemento absolutamente nuevo, la Historia Natural no puede sin faltar á sus códigos analizar todos los fenómenos racionales, ni sus influencias en lo inmaterial ó en lo material. De donde podría deducirse con la más estricta y rigurosa lógica, y por vía de justa transacción, que la especie humana necesitaría, para ser historiada fiel y completamente, de dos ciencias: una de carácter general, que enseña el nexo existente entre el hombre y los animales, la Historia Natural; y otra de índole peculiar, que pone de manifiesto el lazo que le une con el Ser Supremo y con la vida eterna, la Antropología. Diferencias son éstas de peso y fuerza tales, que ellas solas parecen suficientes para descubrir el camino por donde se han de resolver los más delicados problemas; así como dan cuenta fácil, ó por lo menos explican los desvaríos de nuestros racionalistas, transformistas y evolucionistas, que, á pesar de sus entendimientos superiores, ninguna verdad han consolidado cuando, para resolver problemas de la personalidad, han prescindido de uno de sus dos esenciales factores: del alma.

Con lo dicho resulta bien probado, á mi entender, que no será definición buena de la Antropología ninguna de aquellas que, atendiendo á la amplia comprensión del significado de su etimología, aspire á la consideración de ciencia exclusiva del hombre, dado que este concepto abarca en el individuo todos sus elementos físicos y morales, y en la especie todos los étnicos, sociales, arqueológi-

cos é históricos que integran la Humanidad; ni tampoco será aceptable ninguna de las que merman cualquiera de los aspectos ó elementos propios de las colectividades humanas. Lo que hace falta para definir acertadamente esta ciencia, es no olvidarse de que ella debe comprender el estudio de cuantos cambios se han verificado en los hombres, no como individualidades, sino como miembros de masas colectivas, y de todo cuanto se refiere á la sociedad humana, que es la única civilizada y perfectible.

En tal concepto me parece que se define clara, concisa y acertadamente esta ciencia diciendo que es *la encargada de formar la biografía de la Humanidad*.

En defensa de esta opinión puedo aducir fáciles y obvios argumentos, desprendidos de un ligero análisis. Esta definición considera al hombre, no como individuo, sino cual factor ó componente de una colectividad, de una especie, de un género, obligado á realizar evoluciones que no pueden realizar las individualidades, sino que han de llevarse á cabo precisamente por grandes masas, en períodos de tiempo de mucha duración, y en condiciones á propósito para que los agentes naturales puedan influir en uno ó en los dos factores de la personalidad, es decir, en el cuerpo y en el espíritu. Y he dicho que el género humano *está obligado* á hacer evoluciones, porque siempre han sido en él tan poderosas y afines las fuerzas de sociabilidad y de perfectibilidad ó de progreso, que el hombre nunca ha vivido aislado, ni aun como turba dispuesta instintivamente al combate por la existencia material: siempre, desde los primitivos tiempos, formó familias, cuyos miembros se reconocieron unidos por vínculos y se sujetaron á reglas determinadas para aumentar su bienestar, siendo evidentemente estas asociaciones, conservadas como elementos fundamentales y propios de las nacionalidades, las verdaderas y únicas fuentes del progreso, de las costumbres, de las jerarquías y clases socia-

les, de los poderes y responsabilidades públicas, de los Gobiernos, y de todo cuanto constituye el grado de civilización actual. Y asimismo tales asociaciones son las que dieron lugar á las metamorfosis de algunos caracteres físicos y fisiológicos, fundamentos de la formación de razas y variedades: lo cual se comprende y explica fácilmente, dado que, por su manera de vivir, tales grupos humanos resultaron sometidos á las mismas influencias cósmicas.

De manera que la Humanidad ha tenido una vida de movimiento, de cambios, de desenvolvimiento mucho más grande y maravilloso que la que representan las edades del individuo, y, por tanto, bien puede llamarse á la narración de todos esos fenómenos la biografía del género humano.

Esta definición, que expresa exactamente el concepto sintético apropiado á la ciencia del hombre, demuestra además que abarca un campo extensísimo, de contenido muy vario, de linderos confusos, y de horizontes desvanecidos, cual tenues matices que se pierden en otras jurisdicciones científicas, quedando en realidad sus propios términos sin poderse marcar con la debida claridad, exactitud y precisión. Aunque, á pesar de esto, á nadie puede ocultarse la existencia de algunos capitalísimos asuntos tan peculiares y transcendentales que ellos por sí solos caracterizan su unidad científica y fijan ó determinan sus fines principales.

Verdad es que todavía no han sido suficientes los ensayos llevados á cabo por muchas celebridades modernas para desvanecer las actuales dudas y fijar, siquiera fuese aproximadamente, los límites de este ramo del saber, reinando positiva anarquía en el criterio que rige á los más, reflejada en la composición de los muchos y buenos libros que constituyen su bibliografía. Pero, alcance tanta confusión hasta donde quiera, todos habrán de reconocer que

se ha hecho perentoria la resolución de este problema y que urge formar una buena clasificación para agrupar del modo más natural que sea posible todos los asuntos, pues es máxima innegable en las Ciencias Naturales que poseer buenas clasificaciones es disponer de potentes luces para iluminar las vías que se deben recorrer.

De buen grado confieso que nadie hasta ahora ha determinado con la apetecida exactitud esa tan deseada extensión; mas en el estado actual considero que puede ser fundamento muy aceptable para discurrir acerca de ella la clasificación que de esta ciencia ha hecho el insigne Broca.

Este sabio antropólogo distribuyó todos los asuntos en tres secciones, cada una de las cuales comprende y se ciñe, por decirlo así, á uno de los fines antropológicos principales. En la primera, que denomina *Antropología zoológica*, trata de determinar la situación que corresponde al género humano dentro de la serie de seres creados, y con especialidad en la escala zoológica, cuyo problema á todas luces tiene mucha importancia y transcendencia, reclama serios conocimientos anatomo-fisiológicos y de Historia Natural, y resulta planteado con legitimidad perfecta; porque, mal que pese al orgullo humano, la inflexible Anatomía asigna al hombre un lugar en la serie zoológica, siquiera tales conexiones y semejanzas en nada puedan ni deban afectar al problema del origen del primer hombre. La segunda, llamada *Antropología descriptiva ó etnológica*, está consagrada á establecer las divisiones y subdivisiones que forman los grupos parciales conocidos como razas y variedades: sección que parece verdaderamente natural, puesto que la especie humana ofrece diferencias anatómicas y fisiológicas de mucha importancia, que, dentro del tipo humano, han engendrado otros secundarios. Y la tercera, á la cual denomina *Antropología general*, tiene como fin y objeto estudiar el grupo humano considerado en conjunto: lo cual obliga

á reconocer que, si es la última rama en el orden lógico de la evolución científica regular, es la primera en importancia y á la vez la de conexiones más estrechas con las restantes ciencias que se ocupan del hombre.

Esta sencilla exposición del alcance que tienen las tres grandes secciones de la Antropología demuestra clara y terminantemente la grande extensión de esta ciencia, y acaso satisface mis propósitos en el presente discurso; pero, siendo cuestión tan transcendental y de las que con preferencia están sobre el tapete, paréceme oportuno añadir algunas breves consideraciones.

La sección primera, ó Antropología zoológica, está admitida sin graves contradicciones por la generalidad de autores, porque tiene indudablemente su fin ú objeto bastante bien definido, siquiera existan antropólogos que opongan ciertos reparos á la pureza de algunos de los procedimientos en ella empleados.

Es la rama que ofrece más numerosos é íntimos nexos con la Anatomía y la Fisiología; y no así como se quiera con la antigua y clásica Anatomía descriptiva y con la Fisiología funcional pura, sino que su trabazón y enlace los extiende á todos los ramos de la ciencia de la organización y de la vida, utilizando para sus investigaciones y para sus razonamientos los más importantes y positivos adelantos realizados en el presente siglo por la Histología, por la Histoquímica, por la Embriología y por la Fisiología genética y evolutiva. Mas tales conexiones, por multiplicadas y estrechas que sean, no afectan á su independendencia é individualidad, puesto que, en último resultado, todo se reduce á servicios mutuos que se prestan con grandes ventajas para el desenvolvimiento de todas.

También merece llamar la atención la singular preferencia que en esta rama antropológica se da á los caracteres físicos humanos: práctica que en cierto modo vicia y

adultera el genuino concepto que el antropologista debe tener en todo momento del hombre, y que pudiera explicar la resistencia de ciertos sabios puritanos á dar carta de naturaleza á esta Antropología zoológica, cuya creación consideran como producto de una usurpación y secuestro, llevados á cabo en el contenido propio de la Historia Natural: aunque á buen seguro que todos los imparciales otorgarán su sanción al invento del insigne Broca, en gracia de los inmensos servicios que ha reportado á los restantes ramos de la Antropología, y sobre todo al carácter y tendencia de sus investigaciones y procedimientos, siempre más parecidos á los empleados por los antropólogos que á los propios de los puros naturalistas.

La rama que lleva el nombre de Antropología etnológica, ó de Etnología, tampoco ha dado lugar para constituirse á mucha controversia; antes, por el contrario, disfruta el privilegio de ser interpretada por todos los sabios casi de igual manera, estando reconocida generalmente como una de las ramas más genuinas ó legítimas de la Antropología.

Como producto de sus acertadas investigaciones puede decirse que está aceptado sin contradicción el hecho fundamental de que la cultura humana dió principio antes de los tiempos históricos, habiendo pasado por dos grandes épocas: una de salvajismo, en que la piedra vino á ser cual la aurora que anunció y que demostró las aptitudes del hombre para la civilización; y otra de barbarie, revelada por la vida de pastoreo y el uso del metal, que ensancharon grandemente la iniciada cultura: siendo estas asociaciones de tan remotísimos tiempos aquellas en que se hablaron las lenguas primitivas y donde se formaron tipos humanos especiales en representación de otras tantas razas y variedades. Y como nadie puede negar que se han perpetuado algunos rasgos característicos de aquellos tipos, y

quizás de las primitivas lenguas, dado que, según demuestra la Prehistoria y confirma la Historia, coinciden á menudo las evoluciones de los unos con las de las otras, viene á resultar que el contenido verdadero de la ciencia etnológica casi queda reducido al estudio del desenvolvimiento de las razas y de la lingüística, estudio que necesita tomar sus auxilios y hasta sus fundamentos en otras ciencias más ó menos afines, entre las cuales figuran en primer término la Anatomía, y sobre todo su rama craneológica, la Fisiología, la Geología, la Geografía médica, la Etnografía ó descripción de los pueblos, la Arqueología, la Historia y la Filología.

Algo singular tiene esta rama antropológica que merece ser atendido preferentemente por sus cultivadores, en relación con el método apropiado para hacer las investigaciones. Al paso que en toda la Antropología puede suscitar dudas la aplicación del principio de subordinación de caracteres acerca de la elección que deba hacerse, aquí el problema se resuelve fácilmente en favor de los caracteres físicos sobre los sacados de los idiomas, porque aquéllos tienen persistencia é inmutabilidad muy superiores á éstos, así como en tales caracteres físicos existe una escala graduada que establece marcadas diferencias entre las del cráneo, el color de la piel y de los ojos, la forma y cantidad del cabello, la estatura, la proporción de los miembros y todos los restantes.

Si fuera necesario demostrar la mayor perseverancia y firmeza de los caracteres físicos, sería fácil hacerlo alegando innumerables pruebas de hecho que de todos son conocidas, como, por ejemplo, los retratos conservados desde hace tres mil años de Ramesés II, cuyas formas reproducen las cabezas egipcias actuales, ó bien el célebre cráneo de Nueva Orleans, encontrado en capas profundísimas formadas por aluviones del río Mississipí, cuya antigüedad se

fija en un tiempo que no puede ser menor de quince mil años: cráneo que reproduce la raza indígena actual de la América septentrional, demostrando que el tipo de los Pieles Rojas existía ya en tan remota fecha.

Pero, dejando aparte esta cuestión de método, lo que resulta enteramente cierto es que este ramo de la Antropología está llamado á investigar las variaciones del tipo humano y todas las influencias que sobre ellas han actuado, así como á estudiar las familias y variedades de idiomas, y la estructura diferencial de vocabularios y giros gramaticales. Y del mismo modo resulta exacto que los progresos positivos son tanto más fecundos y más firmes en cuanto que se hallan cimentados sobre estadísticas más severas y nutridas; porque en este género de observaciones, como siempre que el estudio recae en colectividades, produce éxitos más seguros y naturales el observar muchos hechos para buscar un término medio que represente el tipo ideal, que no el hacer la elección de este tipo por *discernimiento*, como quieren algunos naturalistas, que es cosa semejante á lo que desde tiempo antiguo se llamó *ojo médico*, ó como el vulgo dice *á ojo de buen cubero*, cuyo procedimiento, dígase lo que se quiera, siempre estará fundado en la aptitud, en la pericia ó en la práctica, las cuales serán en todo tiempo condiciones inferiores en exactitud al peso, la medida y el número.

Las consideraciones expuestas son suficientes para darse cuenta de la eficaz y decisiva influencia que han tenido en la creación y perfeccionamiento de la *Antropometría*, tanto la Antropología zoológica como la Etnología, habiéndola convertido modernamente en un procedimiento de investigación llamado á prestar los mayores beneficios á la ciencia del hombre en todo cuanto se relaciona con su parte física ó material.

Consiste ya en verdadero arte que da reglas para fijar

las proporciones de las diversas partes del cuerpo, singularmente de la cabeza, del cráneo, de los miembros y de la estatura; siendo su influencia en la Antropología de tal importancia, que muchos de los progresos de ésta puede asegurarse que van precedidos y acompañados de algún invento antropométrico: lo cual explica la predilección con que lo han cultivado y cultivan los hombres más ilustres de este linaje de estudios, entre los que sobresalen Waitz, Topinard, Huxley, Quetelet, Vog, Prichard, Quatrefages, Flower, y en particular el citado Broca, por sus instrucciones craneológicas y otras publicaciones. En nuestra patria también algunos distinguidos profesores, á quienes envió mi más sincero aplauso, consagran sus desvelos á esta labor en las Facultades de Ciencias y de Medicina de Madrid y en la Escuela central de Gimnástica, siguiendo el ejemplo de mi ilustre ó inolvidable maestro el Doctor Fourquet, que en época mucho más atrasada, y quizás pensando sólo en el perfeccionamiento de su cuadrícula topográfica, hizo notables estudios prácticos acerca de las proporciones y situación de muchas partes del cuerpo, cabiéndome el honor de servir como ayudante en aquellas investigaciones, y el de haber publicado muchas de ellas en mis tratados de Anatomía humana sobre el esqueleto, sobre los músculos, sobre los vasos y en los prolegómenos que les preceden.

El resultado ha sido que la Antropometría aparece en la actualidad como poderosísimo auxiliar de la Antropología, y que cuenta muchos y fecundos procedimientos útiles para el adelantamiento de la ciencia, la cual al cabo habrá de fundarse en los resultados estadísticos que aquellos produzcan. Sería injusto no recordar entre tales procedimientos los que se conocen con las denominaciones siguientes: ángulo facial de Camper, ángulo facial de Cuvier y de Geoffroy Saint-Hilaire, ángulo occipital de Dau-

benton, áreas comparativas de Cuvier y de Fourquet, procedimiento de Sagont, ángulo esfenoidal de Welker, ángulos de Broca, índices cefálico y nasal, normas craneoscópicas de Blumenbach, de Prichard, de Owen, de Laurillard y de Camper, diámetros y curvas del cráneo y de la cara y diagrama de Quetelet. A estos variados métodos son debidas principalmente las estadísticas admirables que están sirviendo para fundar la mayor parte de las hipótesis y de los teorías modernas sobre asuntos de verdadera transcendencia de Antropología.

La última sección de las tres en que Broca divide á toda la ciencia antropológica, ó sea la *Antropología general*, es ciertamente la rama de mayor transcendencia; porque, al examinar la humanidad en conjunto, tiene por fin concreto el definir exactamente al hombre y determinar con precisión todas sus relaciones generales dentro de la creación, en el orden físico y en el moral, en el tiempo presente y en el pasado, cuyo objeto encierra muchos de los más transcendentales problemas que fueron siempre y son todavía tareas cultivadas con empeño y diligencia. Todos sus asuntos pertenecen verdaderamente al conjunto del género humano, lo mismo la investigación del mecanismo de las relaciones entre lo físico y lo moral, que el problema de la naturaleza y el origen del hombre; así la inquisición de las fuentes de los lenguajes definido é indefinido, como la resolución del gravísimo asunto de la creación y evolución universal hasta llegar á la aparición del hombre en la tierra.

Compréndese que para estudiar materias de tamaña magnitud son precisos los talentos superiores más instruidos, y aun con todo resulta la necesidad de especializar ó dividir el trabajo. Porque en ésta, como en todas las ciencias, son rarísimas las supremas inteligencias capaces de dar soluciones sintéticas, y muy contados los genios que logran abarcar de una mirada la significación del conjunto.

Aparte de que en las ciencias de observación estos superiores y privilegiados entendimientos no son, como en otras, autoridades á quienes se presta igual veneración; porque la razón ha adquirido tanto imperio que, ni aun á esas soluciones excepcionales, las exime de su última apelación al tiempo, como juez inapelable y como legítimo encargado de contrastar su ley, peso y valor en representación verdadera, cierta y genuina de la opinión pública.

Estas dificultades, que son inherentes hasta cierto punto á todo estudio sintético, se acrecen aquí por los innumerables nexos de la Antropología general con muchos otros ramos del saber de variada índole, entre los cuales sobresalen la Anatomía, la Fisiología, la Psicología, la Geología, la Paleontología, la Climatología, la Arqueología, la Lingüística y la Historia. Y no es tampoco ligero embarazo el que resulta de la mayor dificultad para observar, á causa de que llevándose á cabo el estudio sobre colectividades, y no en individuos, obliga á la ímproba tarea de determinar los tipos medios, y asimismo á la admisión temporal de muchas hipótesis que sirvan por lo menos para guiar al espíritu en numerosas cuestiones complejas, que no pueden ser estudiadas por observación directa.

No obstante, sea la que quiera la confusión con que en la naturaleza se ofrecen á nuestra flaca inteligencia los innumerables hechos que contiene esta rama científica, el método natural de subordinación de caracteres puede servir de norma para vencer la mayoría, si no todas las dificultades.

Cierto es que la aplicación de este método sin rival ha dado y dará ocasión, quizás siempre, á justificadas controversias; pero merece ser preferido por los excelentes resultados que produce. Los inconvenientes suyos son más bien inherentes á la naturaleza humana, y por lo mismo imposibles de remediar; pues, á la verdad, nadie puede extrañar,

conociendo las distintas tendencias del espíritu racional, que unos sabios coloquen en el primer lugar de su escala de caracteres á los psíquicos, y después á los fisiológicos, anatómicos, cósmicos, etc., mientras que otros, según antes quedó sentado, prefieran fundadamente á aquellos que son menos mudables y resisten mejor la acción perturbadora del tiempo: bajo cuyo concepto, en realidad, no cabe duda de que todas las ventajas están á favor de los caracteres anatómicos, porque tienen mayor firmeza, siendo más constantes y estables que las costumbres, los sentimientos, la cultura, las industrias, y que cuanto pertenece á la esfera inmaterial, y aun que el mismo lenguaje, á pesar de la inmensa y justa importancia que á este carácter se reconoce en la Antropología: todo lo cual ocurre y debe ocurrir, puesto que los cambios sufridos por nuestros órganos en sus caracteres anatómicos son obra de la Naturaleza, y los cambios de aquellos otros son obra de los hombres.

Dedúcese de las breves reflexiones expuestas cuán interesantes son todos los asuntos propios de la Antropología general, y cuánta es su diversidad en número y en índole, circunstancias con fuerza, poder y eficacia sobrados para impedir la posesión ó conocimiento de este ramo del saber en el grado que la inteligencia individual puede lograr de otras más limitadas y por decirlo así mejor sistematizadas.

Esta heterogeneidad es causa, sin duda alguna, de que sabios muy conocidos, entre los que figura mi querido amigo el Dr. Letamendi, consideren como ramas diferentes de Antropología general á las que éste ha llamado Antropología psíquica y Antropología histórica y prehistórica: conducta bien justificada por la importancia, y, hasta cierto punto, por la especialidad de los asuntos pertenecientes á ambos ramos.

Desde luego que en la Psíquica resaltan algunas semejanzas con la Psicología, culminantes y manifiestas; mas fuera erróneo confundirlas por esto, según antes manifesté, pues la Antropología no hace el estudio subjetivo del espíritu y de los procesos de la conciencia en los individuos: el antropólogo debe dar por sabido conocimiento tan importantísimo, limitándose á fundar con solidez en él todas sus peculiares lucubraciones.

A esta rama antropológica compete el analizar la vida psíquica de las actividades humanas pasadas y presentes, midiendo y pesando, por decirlo así, las diferencias existentes y que han existido entre los diversos pueblos bajo los múltiples aspectos de su potencia intelectual, de sus sentimientos, de sus instintos, de su perfectibilidad, de su sociabilidad, de sus costumbres y de sus variadas aptitudes para la ciencia, para el arte, para las letras, para las prácticas religiosas, para las formas de gobierno, etc.

Indudable es que tal estudio resulta por todo extremo útil é interesantísimo en la biografía de la Humanidad, sirviendo, como sirve, para la enseñanza de lo que ha sido y de lo que es la vida sensitiva, la vida afectiva, la vida intelectual y la vida social del género humano, cuyo estudio al fin y al cabo no queda reducido á meras especulaciones teóricas, sino que, al par que inquiere y averigua los orígenes psíquicos de la ciencia, del arte, de la moral, del derecho, etc., procura y da la solución á graves problemas de orden práctico, que antes eran considerados como insolubles.

Sería, á la verdad, trabajo largo y penoso exponer detalladamente todo el contenido que justifica la individualización de esta rama nacida en la Antropología general; pero no es inoportuno llamar la atención acerca de algunos hechos principales que sirvan, cuando menos, para dar á conocer la positiva transcendencia de estos estudios.

Nadie puede negar que á ellos debe la historia del arte el movimiento actual acerca de la distinta delicadeza que disfrutaban en los sentidos artísticos las diversas colectividades humanas, así como el de las variadas aptitudes que muestran unas para las artes gráficas, y otras para las artes plásticas, y la certidumbre sobre lo generalizado que está el gusto por la Música, y sobre la aptitud universal de los pueblos más sencillos para la danza. Nadie negará tampoco que á ellos somos deudores de la averiguación de datos utilísimos que nos enseñan las desiguales tendencias de los pueblos, de feroces instintos en unos y de impulsos benéficos en otros, ó que nos demuestran el arraigo y extensión casi universal de las costumbres guerreras: ¡tendencia desgraciada de la Humanidad que ahoga hasta en el corazón de los filántropos la plácida y consoladora esperanza de llegar algún día á la paz general en la tierra!; ó que nos proporcionan preciosos antecedentes y fundamentos para discurrir acerca de problemas tan abstrusos y recónditos como son los referentes á la muerte, á los ritos funerarios, y al sentimiento general de otra vida eterna. Nadie podrá tampoco, sin ser injusto, privar á esta rama de la Antropología de las alabanzas y honores que merece, demostrando los diversos grados de cultura de los pueblos; el nacimiento y desarrollo de las industrias; la preferencia que en los primeros tiempos merecieron las armas, la Agricultura y la Metalurgia; los procedimientos seguidos en la formación de las ciencias y de las lenguas; la transcendencia de la numeración, de la mensuración y del peso; y, sobre todo, las pruebas de que el hombre, pensando y hablando, ha obtenido conclusiones útiles antes de que le ocurriera formar reglas para argüir. En fin, nadie llegará á poner en duda los auxilios eficaces que estos estudios prestan á la bienhechora ocupación de las ciencias sociales, así como al difícil arte de gobernar, gracias á sus investigaciones

sobre la constitución de las sociedades primitivas, la familia y el matrimonio, y gracias á los hechos recogidos acerca de ciertas ideas que han sido y siempre serán verdaderos fundamentos de la sociedad humana, á saber: las ideas de la propiedad y de la justicia, las nociones del poder y de la responsabilidad, los principios de la gobernación de los pueblos y de las jerarquías y clases sociales, y el sentimiento de nacionalidad, que, cual poderosa fuerza mágica, ata con lazos indisolubles y confunde en un mismo amor patrio á los hombres.

Respecto de la rama ó sección denominada Antropología histórica y prehistórica, puede igualmente asegurarse que ofrece extensión grande y ancho campo de observación, tocándola de derecho resolver importantísimos y numerosos problemas referentes al pasado, sea con sus propios recursos ó auxiliada de otras ramas de la Antropología.

Sabido es que la formación de las razas, la aparición de las lenguas, y los primeros pasos de la civilización pertenecen á tiempos prehistóricos, cuya noción, universalizada como está, se debe á las pruebas concluyentes descubiertas por esta ciencia. En efecto, ella lo ha demostrado con infinitos monumentos que se conservan distribuidos en regiones diversas de la Tierra; con los restos conservados de la antiquísima cultura de los pueblos egipcios, de los babilonios y de los caldeos; con los diarios descubrimientos que hace la Arqueología, la que, desenterrando instrumentos de piedra, armas de bronce ó de hierro, fragmentos de vasijas, trozos de tela y otros objetos, patentiza las diversas culturas alcanzadas por aquellas tribus; y con otros muchos argumentos que saca de ciencias auxiliares, como la Geología y la Logología, las cuales suscitan interesantísimas cuestiones antropológicas, como son la antigüedad del hombre cuaternario y la antigüedad y parentesco de los idiomas.

Y como la Humanidad siempre obedeció en todas las esferas de su vida á la ley del movimiento, los cambios y mutaciones en ella son inevitables, son absolutamente necesarios, aunque requieran períodos de tiempo larguísimos: por esto las razas se modifican, las lenguas sufren variaciones, y la civilización avanza, justificándose la existencia de un ramo científico para narrar tales sucesos, entre los cuales, aparte de los ya indicados, habrán de figurar en primer término otros muchos transcendentales como ellos, á saber: la averiguación del origen y época de fijación de cada raza; los períodos iniciales de la Arquitectura y habitaciones humanas; las fechas probables de los rudimentos del primer lenguaje; el desenvolvimiento de los idiomas y de la escritura; la difusión de la cultura entre los pueblos antiguos; y, por fin, la historia evolutiva de la Humanidad hasta nuestros días.

Considero lo expuesto suficiente para poder decir, siquiera sea con justificado temor y con muy justificadas dudas, que la extensión de la ciencia antropológica actual debe encerrarse en los horizontes señalados, por más que estén sometidas á discusión en los momentos presentes otras cuestiones de mucha transcendencia que se rozan con los más arduos problemas de la ciencia del hombre, y á las cuales, por lo mismo, todo buen antropólogo debe prestar atención preferente, sin llegar por esto á confundirlas con los propios problemas. Sin embargo, algunos de ellos merecen singularísima atención, sobre todos los relativos á la unidad ó multiplicidad de la especie humana y á su transformismo; porque si bien somos muchos los convencidos de la unidad y creación del hombre, y no alcanzamos lo que serían la razón y la moral desposeídas del bien de la eternidad, no se puede negar que las doctrinas poligenista y transformista tienen muchos partidarios, y que sus argumentos llegan á fascinar á los incautos.

### III

Reconozco de buen grado que, para mover el espíritu de aquellos á quienes me dirijo principalmente en esta última parte del presente discurso, ayudaríanme con eficacia la posesión de la autoridad y del prestigio anejos á las grandes reputaciones científicas y á las más altas jerarquías de la Administración pública; mas no se abate mi ánimo, ni amengua la esperanza, porque yo carezca de tales honrosos y elevados títulos, pues tengo presentes las frases consoladoras del célebre gramático romano Aulo Gelio, cuando dice que «la verdad triunfa del tiempo y el tiempo no de ella; porque así como el aceite puesto en el agua está siempre encima, así está la verdad sobre el error». Por esto, y por ser tan docta y benévola la asamblea que me oye, me limitaré á exponer clara y concisamente mi opinión, confiando en que, reconocida por todos la sinceridad de mis deseos y el desinterés de mis aspiraciones, han de ser acogidos con bondad los medios que propongo para vigorizar la presente flaqueza y debilidad de la Antropología en nuestra patria, así como espero firmemente que otros más diestros y afortunados los ampliarán y mejorarán.

La índole ó condición de estos recursos difiere mucho: quizás los menos eficaces son los que se hallan al alcance de la voluntad de los sabios y de la generosidad de sus protectores particulares. Bajo cierto aspecto, algo parecido ocurre con esta ciencia á lo sucedido con las ciencias físicas en estos últimos tiempos. Es el caso que gran número de los descubrimientos ó inventos de éstas han dado lugar á útiles y lucrativas aplicaciones, circunstancia que ha movido en todas partes á ricas Sociedades industriales, y aun á Gobiernos ilustrados, á realizar observaciones y experimentos en grande escala, que nunca habrían podido

llevar á cabo los sabios en el estrecho recinto de sus laboratorios: lo que, si por una parte ha podido resultar provechosa especulación, por otra es evidente que ha contribuído poderosamente al progreso científico más real y verdadero, que es el que recibe su sanción en la práctica. Pues bien: en la Antropología las observaciones deben igualmente hacerse en grandé escala, todavía con mayores dificultades, porque han de recaer sobre masas y colectividades humanas, de manera que están fuera del alcance de todo individuo particular, por sabio, influyente ó poderoso que sea; y como aquí no hay problemas que se resuelvan en aplicaciones prácticas para producir un lucro ó ganancia material capaz de encender los deseos de aquellas ricas Sociedades mercantiles; como aquí cualquier adelanto, ó la ilustración de un punto antes confuso, ó un descubrimiento, ó la resolución de un difícil problema, ó la afirmación de un principio, no hacen otra cosa sino traer ventajas positivas á la Ciencia, aumentar la sabiduría del hombre y acumular datos de valor inestimable, que acaso tengan alguna vez muy útiles aplicaciones de orden material, aunque por ahora sólo le tienen grandísimo en el orden moral, resulta que, á pesar de estar en situación análoga respecto de los particulares, las Ciencias físicas y la Antropología, hay entre aquéllas y ésta la transcendental diferencia de que la última no puede encontrar en empresas industriales el socorro poderosísimo que encontraron las primeras; sino que tiene precisión de solicitar amparo de los Gobiernos.

En efecto, los hechos más recientes nos demuestran que en las naciones donde más adelantada se halla esta ciencia, sus ilustrados Gobiernos la protegen resuelta y decididamente. A mi entender, el que rige á nuestra amada patria puede plantear con facilidad, y sin gravamen importante para el Tesoro público, tres reformas que, de seguro,

salvarían pronto de su actual postración á esta ciencia: consisten tales activos auxilios en organizar un servicio de estadística antropológica, y en la creación de una cátedra de esta ciencia, y de un Instituto antropológico Nacional.

La Estadística es una ciencia profundamente social, cada día más útil, cuyas ventajas corren parejas con su afine la Economía política. Nadie que se interese por la prosperidad de un país, y mucho menos los Gobiernos, pueden dejar de utilizarla para conocer los elementos de la riqueza pública; para repartir con equidad los impuestos; para averiguar la positiva situación de la Agricultura, de la Industria y del Comercio; para saber el estado de la Instrucción pública, de la Beneficencia, de los ejércitos de mar y tierra, de la criminalidad; en una palabra, de todos los datos indispensables á la formación de las leyes y á su aplicación, los cuales no pueden por menos de ser conocidos de los jefes de los Estados, de los Parlamentos, y de los hombres encargados de gobernar. Y, de la misma manera, nadie que conozca la marcha de las ciencias de observación puede ignorar la influencia benéfica que sobre ellas ha ejercido y ejerce cada día más activamente: porque, en definitiva, la Estadística es siempre una ciencia de hechos, expresados por términos numéricos ó cifras, que forman su peculiar lenguaje, como en la Geometría lo son las figuras y en el Algebra los signos y las letras: ciencia que no se concreta á desempeñar su papel social, estudiando hechos públicos ó exteriores de la vida de los pueblos; sino que ahonda hasta penetrar en la interioridad de las familias y de los individuos, para luego manifestar, por medio de cifras impersonales, resultados que pertenecen á las colectividades y aun á la sociedad entera; ó bien en cada ciencia experimental proporciona cantidades homogéneas, sobre las que se pueden formular juicios que conducen al descubrimiento de la verdad.

Pues bien: la Antropología, sin duda por ser puramente ciencia de hechos y de observación, y además por ocuparse de la sociedad humana bajo sus peculiares aspectos, no puede existir sin los auxilios y protección de la Estadística: algunas de sus ramas, y particularmente la Etnología, tienen toda su fuerza y fundamento en las cifras que resultan de haber practicado muchas observaciones, de haber hecho muchas mediciones, de haber apreciado muchos pesos, de haber calculado muchos volúmenes.

En tal situación, que expresa las verdaderas necesidades de esta ciencia, se comprenderá fácilmente la imposibilidad material que hay de satisfacerlas sin el socorro y favor decididos de las influencias oficiales; porque, si bien á los antropólogos corresponde inventar los procedimientos de observación, y modificarlos para que los resultados sean más seguros y verdaderos, y dirigir las observaciones, es lo cierto que ni disponen de recursos para hacerlo, ni ejercen bastante autoridad para operar sobre las colectividades, ni ellos mismos son en número suficiente para observar en grande escala, como exigen los fines antropológicos.

En cambio ocurre al mismo tiempo que nuestra Administración pública tiene organizado el servicio estadístico en distintos centros importantes, entre los cuales se distinguen la Dirección general de Instrucción Pública y muchos Establecimientos docentes; la Dirección general de Sanidad; el Ministerio de Gracia y Justicia y el Tribunal Supremo; y, más especial y cumplidamente, el Instituto Geográfico y Estadístico: en cuyos centros en general y en cada uno en particular se ve cada día potente progreso, probando que no es la raza española refractaria á este linaje de estudios, sino, por el contrario, de aptitudes muy singulares para él.

Esto supuesto, la solución resulta fácil para problema que aparentaba dificultades prácticas tan grandes. Oigan

nuestras autoridades los consejos de los sabios que cultivan la Antropología, y seguro es que ha de encontrarse el procedimiento para utilizar en este nuevo concepto los organismos ya establecidos y acreditados para otros fines, y sin el menor perjuicio ni menoscabo de ellos. Desde luego que consagrados al servicio de la Antropología algunos de aquellos importantísimos centros estadísticos, en la parte oportuna y con el método que les fuere ordenado, lograría-se en corto tiempo un caudal de observaciones al que jamás podrán alcanzar los aislados esfuerzos y los recursos de los hombres de estudio, reportando además dos ventajas este procedimiento: una es la economía, porque ciertamente los dispendios producidos serían mezquinos; y la otra es la afición que á este orden de estudios había de despertarse positivamente.

La creación de una cátedra de Antropología es otra reforma que podrá contribuir eficazmente al objeto deseado. En la parte primera de este discurso quedan referidas las gestiones realizadas á tal fin por diversos centros y corporaciones, muy particularmente por la Facultad de Ciencias, la cual, á pesar de reconocer las muchas y variadas necesidades que en estos momentos tiene entre nosotros la enseñanza de las Ciencias Naturales, considera, como la más apremiante de todas, esta creación, fundándose precisamente, no en sentimientos patrióticos, sino en sencillos argumentos de hecho, que fuerzan y obligan á demandar tiempo para enseñar, como el hambriento pide pan y el sediento agua, puesto que en la actual organización de la citada Facultad apenas puede el profesor de Zoografía de vertebrados dedicar siquiera á la Historia natural del hombre la parte alícuota que debiera pertenecerle en su cualidad de vertebrado.

No cabe duda acerca de este punto, tanto más cuanto que hay el error, extendido desgraciadamente entre algunas

personas doctísimas, que honran por otra parte á las Ciencias Naturales, de que esta cátedra ha de servir solamente para los naturalistas, y por esto ha de constituir parte integrante del Doctorado de la referida Facultad de Ciencias, á pesar de que el estudio de ella es igualmente útil y necesario á los doctores en Medicina, siquiera su contenido se reduzca á la clasificación natural del hombre y al conocimiento de las razas y del desenvolvimiento de los idiomas: contenido pobre, en verdad; pero suficiente y aun sobrado para una asignatura.

Por lo tanto, si los naturalistas están privados de una enseñanza tan absolutamente precisa hasta para conocer al hombre como vertebrado, que es el aspecto menos amplio que á la grandeza humana pertenece; si los médicos no pueden por menos de deplorar su atraso en estas nociones antropológicas, siendo en definitiva los que estudian más extensamente al mismo hombre bajo sus aspectos corpóreo y funcional, en el estado de salud y en el morbooso, ¿con qué razón se detiene la creación de una enseñanza tan notoria y cumplidamente indispensable? Sépanlo nuestros ilustrados Gobiernos y confiemos todos en el éxito, ya que en justicia puede decirse que entre nosotros los poderes públicos nunca fueron sordos á los clamores para mejorar la instrucción.

Pero el Estado no debe limitar su generosidad á la creación de esta enseñanza: la situación próspera de los estudios antropológicos en otros países exige para el nuestro algo más que saber clasificar acertadamente al hombre, y que conocer todos los importantísimos problemas de Etnología.

Conviene mucho que nuestros gobernantes y que nuestros próceres se penetren de que la posesión y perfeccionamiento de estos estudios no interesan exclusiva ni principalmente á los naturalistas y á los médicos, sino que son

de igual entidad para todas las clases sociales. Los problemas de Filología, los históricos, los morales, los anatómicos, los fisiológicos, los de embriogenia, y sobre todo los sociales que esta ciencia entraña, rebasan más allá de los linderos de la Historia Natural y ahondan mucho en otros ramos del saber, muy distintos de ésta por su índole, como lo están demostrando concluyentemente, entre otras, las ciencias jurídicas. ¿Quién pondrá en duda la activa y eficaz influencia que en estos últimos tiempos ha tenido la Antropología en el desarrollo de la ciencia penal, muy particularmente en Italia, cuando en todas las nuevas leyes aparece manifiestamente demostrada esta influencia por la redacción de muchos artículos? ¿A quién no importará conocer las verdades de esta ciencia para saber interpretar acertadamente sus difíciles y complicados asuntos, y no caer en los extravíos de algunos preocupados ó seducidos por el error, como, por ejemplo, aquellos que afirman que la embriología del delito está en las plantas, en los animales, en el salvaje y en el niño? ¿Quién ha de mirar con indiferencia la investigación de hechos remotos que servirán quizás para resolver nuestras dudas sobre problemas fundamentales relativos á la existencia y modo de ser de pueblos modernos?

Por lo tanto, será de necesidad convenir en que es de todo punto indispensable por una parte difundir hasta vulgarizar estos estudios, y por otra discutirlos con amplitud, con libertad completa por los hombres consagrados á todas las ciencias interesadas en el resplandor de estas verdades. El naturalista debe conocer cuanto á la organización y la vida pertenece, aprendiendo á respetar lo que sea propio de la razón y del espíritu; el médico necesita no olvidar la filiación corpórea del hombre ni la naturaleza psíquica que le completa; el filólogo ha de procurar ver con la claridad posible el origen del lenguaje, ó por lo menos los

cambios que ha experimentado por las vicisitudes sociales; el juez, que debe administrar la justicia, no ha de menospreciar las influencias que el cuerpo humano pueda ejercer en el espíritu, porque quien no conoce la verdad no tiene guía seguro para juzgar con acierto; el legislador hará leyes equitativas conociendo los distintos aspectos de las colectividades humanas y todas las causas que determinan sus cambios; el hombre religioso debe aprender las verdades naturales para su propio sosiego, viendo que, lejos de contradecir las divinas, ellas sirven en cierto modo para confirmarlas y nunca para negarlas: en fin, cada clase social tiene un interés muy natural en entender los problemas de Antropología, porque extienden sus vínculos á toda la sociedad.

Ahora bien: á llenar en cuanto sea posible estos fines responde la creación de un Instituto antropológico, adonde sin traba alguna acudan espontáneamente sabios de todas las escuelas y doctrinas á exponer libremente sus creencias y corregir sus errores. Palenque abierto al público docto, puede este centro ser uno de los más provechosos á nuestra sociedad para que, por modo fácil y en tiempo breve, consiga conocer los grandes problemas que encierra la Antropología y las controversias doctrinales que han suscitado, sin encontrar solución unos y teniéndola satisfactoria los demás. ¡Esté seguro el Gobierno que realice esta creación de haber dotado á su patria de un poderoso elemento de cultura y de engrandecimiento intelectual!

Estos son los recursos más poderosos con que el Estado puede socorrer á esta ciencia, proporcionándola medios de vigorizar su endeble constitución y de adquirir en corto tiempo vida lozana y fuerte.

Además existen otros que también sirven para contribuir á tan favorable reacción, no exigibles á los poderes públicos, sino á los Sociedades sabias; á los hombres ricos,

amantes de la ciencia; y, más especialmente, á los doctos, consagrados á cultivarla y perfeccionarla.

Tales entidades pueden ayudar con eficacia á esta obra de reparación, formando y enriqueciendo los museos y las bibliotecas, que son elementos indispensables para difundir y vulgarizar estos conocimientos; creando y sosteniendo Comisiones para visitar los centros extranjeros, que en este ramo están á mayor altura, para conocer sus progresos é importarlos entre nosotros, y también para visitar aquellas comarcas, civilizadas ó no, donde sea posible adquirir los datos y noticias originales necesarios para resolver algún problema; dando Conferencias públicas, teóricas y experimentales, no sólo para enseñar las verdades conocidas, sino para inculcar en los oyentes la conveniencia de familiarizarse con los procedimientos prácticos si se ha de lograr el progreso real y positivo de esta ciencia; y, por último, cooperando siempre á facilitar cualquier procedimiento cuya tendencia se dirija á despertar la afición y mover las voluntades hacia esta clase de estudios.

He terminado cuanto me proponía manifestar á esta doctísima Academia, con la alegría de no cansar por más tiempo su benévola atención, y la de ceder esta tribuna al celebrado é insigne naturalista que va á honrarme con su contestación, y la de haber expuesto mis creencias sobre el tema discutido con sinceridad y con lisura. Y, como dice Quintiliano «que la alegría engendra esperanza», á nadie extrañará que en mí mismo la dé pábulo y alientos, estando como estoy convencido de haberme colocado de parte de la verdad, la que ha de ser amada, no por quien la dice, sino por sí misma. De manera que, aun cuando ninguna novedad os haya comunicado, debo abrigar la convicción de que mis humildes palabras encontrarán vuestra protección; pues al cabo mi conducta, si no pro-

duce el bien, es imposible que haga daño; porque, según Cicerón, «siempre tuvo tanto poder la verdad que no la pudieron derribar el ingenio y asechanzas de los hombres, y aunque en alguna causa carezca de patrón y defensor, ella misma se defiende». Es decir, que si por mis escasas dotes, ó por mi mala estrella, he dejado sin patrón ni defensor á la buena causa, el resultado no habrá de cambiar mucho, ni aun por la cuenta debe de entristecerme, dado que mis propósitos, mejor que míos, parecen reflejos de la opinión pública. Y si es cierto que la voz del pueblo advina y anuncia la verdad, á fe á fe que no anduve tan descaminado en mis intenciones, porque á todos llega el clamoreo general pidiendo más estudio, más protección, más amor para la Antropología en nuestra querida patria.

---

DISCURSO

DEL

DR. D. JOAQUÍN GONZÁLEZ HIDALGO

SEÑORES:

Hace ya bastantes años que en mi discurso de recepción en esta misma Academia me ocupé á grandes rasgos del elemento de originalidad en la producción de los trabajos científicos, es decir, de la diversa aptitud que presentan los hombres de ciencia para la realización de sus publicaciones; del diferente carácter que ofrecen éstas, íntimamente relacionado con los rasgos característicos é individuales de sus autores; y de la gran influencia que siempre ha tenido el medio social, impidiendo ó facilitando el ejercicio de las privilegiadas facultades de muchos de nuestros semejantes. Y en el día de hoy puedo presentar un ejemplo en comprobación de lo que entonces dije, haciendo una rápida reseña de las favorables circunstancias en que se desarrollaron las aptitudes del académico que ahora ingresa con júbilo de todos en el seno de esta Corporación, y el cual, por influjo de unas y otras, revelado en sus producciones, debe ser comprendido en el tipo de hombres científicos, designado con el nombre de *general*, por tener los en él incluidos una feliz disposición para toda cla-

se de estudios, aunque hayan sobresalido más en una ciencia determinada.

Muchos de los aquí presentes recordarán al Doctor D. Juan Fourquet, al célebre profesor de Anatomía de la Facultad de Medicina de Madrid, modelo de catedráticos ilustrados, que sólo vivía para la Ciencia y para sus discípulos; y al recuerdo de esa gran figura científica siempre irá unido el de otra personalidad, entonces en el albor de su carrera, y hoy ya bien conocida por su ciencia y por su actividad inteligente, resultantes de sus especiales dotes, comprendidas desde el primer momento por aquel sabio catedrático, y del medio social favorable en que pudieron desenvolverse por la protección y el cariño del que casi le tenía igual para todos sus discípulos.

Aquellas salas de disección de la Facultad de Medicina de Madrid y Gabinete de estudio del Dr. D. Juan Fourquet fueron el terreno fértil donde muchos han visto, y yo mismo entre ellos, cómo la aplicación y la constancia del Dr. D. Julián Calleja, sabia y eficazmente dirigidas hacia el profundo y difícil conocimiento de la anatomía del hombre, han dado resultados positivos para la Ciencia y para la enseñanza, puesto que no se han perdido las investigaciones de aquel entendido anatómico, sino más bien se han aumentado con las de su discípulo predilecto (1) y éste le ha sucedido en su cátedra, continuando y mejorando las explicaciones de una asignatura de tanto interés como la Anatomía humana, no sólo fundamento imprescindible de toda la Anatomía comparada, sino también de las Ciencias Médicas, y más especialmente de la Cirujía, que debe á ella los grandes progresos que viene haciendo en la curación ó alivio de muchos y graves males que afligen á la especie humana.

---

(1) Véanse las obras sobre Anatomía, publicadas por el Dr. Calleja.

No ha sido bastante á la actividad de nuestro nuevo compañero el extenso campo de la Anatomía, y desde los altos puestos oficiales á que ha llegado por sus buenos y positivos merecimientos ha visto aparecer importantes medidas dictadas con el fin de dar impulso al método experimental en los estudios científicos de nuestras Universidades, y al aumento de los medios materiales necesarios para la más fácil ejecución de esa idea. Unas veces directamente, otras dando consejos discretos y acertados á las personas que le consultaban, conociendo su valer y su decidida pasión por los adelantos de nuestro país, es lo cierto que muchas y valiosas disposiciones del Ministerio de Fomento y de la Facultad de Medicina de Madrid reflejan el espíritu científico y de progreso del Sr. D. Julián Calleja; y aun cuando no quiero molestar á mis oyentes con una larga y minuciosa relación de todo lo que se debe á su iniciativa ó consejo, indicaré al menos algunas reformas establecidas, porque su sola enumeración hace comprender al punto la importancia que tienen, y de estos elogios nunca se podrá decir que son debidos á la amistad ó á la benevolencia del que presenta á sus compatriotas un ejemplo digno de imitar.

¿Podrá negarse la gran influencia que ha de tener en el progreso científico de España el que los Museos de la Facultad de Medicina estén siempre abiertos para los alumnos, y el que se hayan creado la sección iconográfica en su biblioteca, los laboratorios experimentales de Fisiología é Higiene como complemento de las cátedras así denominadas, y los departamentos de Hidroterapia, Electroterapia, y otros, para el mejor resultado en el tratamiento de los enfermos que acuden á las clínicas? ¿Será inútil para el adelanto de los discípulos de Medicina el que éstos puedan trabajar prácticamente en los estudios histológicos, el que estén mejor ordenadas las asignaturas

de dicha carrera, con separación del preparatorio, que en realidad debiera suprimirse substituyéndole por estudios de aplicación, como se hace en todos los países extranjeros, y el que se hayan creado cátedras de nuevas especialidades para adquirir en ellas conocimientos que son de todo punto necesarios á los Médicos desde el primer momento que empiezan á ejercer su profesión? ¿Creerá alguien perjudicial para nuestra juventud universitaria el que aprenda algún idioma extranjero, á fin de que aprecie fácilmente tanto como se publica en otros países, y que es imprescindible conocer, puesto que se nos han adelantado en el movimiento científico moderno? ¿No contribuirá al bienestar é ilustración de las clases modestas la protección dispensada á las Escuelas de Artes y Oficios y á las Escuelas de Comercio, aumentando unas y creando otras en centros populosos de nuestra patria? ¿No se dará mejor la enseñanza elemental por el profesorado respectivo, si éste tiene asegurados sus modestos sueldos y unas exiguas jubilaciones, pequeña recompensa, ciertamente, para los que tratan de ayudar á los Gobiernos en la patriótica tarea de que llegue un día en que todos los españoles sepan leer y escribir, como casi sucede ya en las naciones del Norte de Europa? Ante la escesiva mortalidad que reina en España, por desconocimiento ó falta de aplicación de muchos preceptos de la Higiene, ¿podrá nadie considerar innecesaria la redacción y cumplimiento de una ley sanitaria bien entendida y basada en los mejores conocimientos é ideas que se han publicado sobre aquella Ciencia?

Pues en todas las disposiciones y leyes que se han dictado sobre esas materias ha intervenido, poco ó mucho, el nuevo Académico, y, por si no le bastasen tantos laureles recogidos en su vida científica bien utilizada en provecho de los demás, ahora, en el notable discurso que nos acaba de leer, inicia la idea de dotar á nuestra patria

de elementos para la propagación de otros estudios muy interesantes y necesarios para la cultura de un pueblo, cuales son los de Antropología. Y para llevar el convencimiento á su auditorio de la utilidad de esta Ciencia, relativamente moderna, y de que es necesario naturalizar al menos en nuestro país los grandes adelantos que en ella se han verificado en el extranjero, recuerda, en primer término, los esfuerzos hechos para lograr ese resultado, da después una idea general del objeto y extensión de la Antropología, é indica, por último, los medios que podrían ser empleados para facilitar el conocimiento y enseñanza de dicha ciencia en España. No insistiré sobre las razones tan brillantemente expuestas en todo el discurso, y sólo me limitaré á apoyarlas con la enumeración de ciertas cuestiones, pocas en verdad para el infinito número de las que pudieran presentarse, haciendo ver que la Antropología es una Ciencia digna de la atención y estudio de todo hombre ilustrado.

Con solo una ligera inspección de la primera parte del discurso á que hago referencia, desde luego puede apreciarse que, aquí como en otras naciones, los Médicos son siempre los que han contribuído en mayor escala á los progresos de las Ciencias Naturales, distinguiéndose sus obras por el mayor espíritu de observación: hecho fácilmente explicable, puesto que, como dice muy bien el señor Calleja, *estudian muy extensamente al hombre bajo sus aspectos corpóreo y funcional*, siéndoles después más asequible el conocimiento de todos los seres vivos, cuyos organismos no son, en definitiva, sino modificaciones especiales del que presenta la especie humana. Conviene recordar, en efecto, á propósito tan solo de la Antropología, que en los esfuerzos hechos para el desarrollo de esta Ciencia en España, dos Médicos y miembros de esta Academia, los profesores Graells y Vilanova, vienen explicando desde muy antiguo, ya en la cátedra de Vertebrados, ya en la de

Anatomía comparada, ya en la de Geología y Paleontología, la parte de las Antropologías zoológica y etnológica de Broca, en que se hace el paralelo entre la organización del hombre y la de los seres más afines, en que se estudian los caracteres diferenciales de las razas humanas, y en que se investiga la antigüedad del hombre sobre la tierra; no se debe olvidar tampoco que otro Doctor en Medicina, el Sr. González Velasco, proporcionó al insigne Broca los elementos necesarios para sus importantes Memorias sobre la raza más antigua de Europa, la raza vasca, las cuales están publicadas en los años 1862 á 1867 de los Boletines de la Sociedad Antropológica de Francia; que varios Médicos, el Dr. Velasco antes citado, y los Doctores Otaño y Carrión, de San Sebastián, ayudaron al mismo Broca en la formación de la carta indicadora de los pueblos de España en que se habla el vascuence, incluida en los mismos Boletines el año 1868; que otro profesor de Medicina, el Dr. Sáenz Criado, hizo en 1878 la traducción del libro de Antropología de Topinard, con objeto de difundir esta Ciencia en España; y que en esa clase de conocimientos están versados hoy día muchos de los que han seguido la carrera de Medicina, pues tuvieron siempre en sus maestros de Anatomía, los Doctores Fourquet, Martínez, Letamendi, Oloriz y Calleja, á concedores de la Ciencia antropológica, y tan entusiasta el último por ella, que si bien aplaude la creación de una asignatura de Antropología en la Facultad de Ciencias (1), donde, según sus palabras, su contenido será pobre, porque en un curso no habrá tiempo más que para la clasificación natural del hombre y el conocimiento de las razas é idiomas, no limita sus aspiraciones á esa sola cátedra, sino que desea, y

---

(1) Establecida con posterioridad á la presentacion del discurso del señor Calleja en la Academia de Ciencias.

con razones muy fundadas y dignas del mayor elogio, la creación de algo grande y no pequeño, la formación de un Instituto Antropológico, donde puedan propagarse las nociones de Antropología general, de mucha mayor trascendencia para la ilustración de un pueblo que las relativas á las Antropología zoológica y etnológica. Y si plácemes merecen los Médicos antes mencionados por el concurso que vienen prestando á ese ideal desde antes del año 1862, y que ha producido ya algunos trabajos notables, no menos deben tributarse á los profesores del Museo que en el año 1873 pedían á la Superioridad el establecimiento de nuevas cátedras, y han conseguido la creación de las mismas, confiando todos en que pronto aparecerán las notables y originales investigaciones á que se vienen dedicando.

El impulso está dado por unos y por otros; hay esperanzas de que será bien dirigido; y no ha de transcurrir mucho tiempo sin que los hombres ávidos de saber puedan enterarse minuciosamente de todas las cuestiones interesantes relativas á la *Antropología zoológica*, á la *etnológica* y á la *general*, de que se ha hecho cargo con tanta discreción el Sr. Calleja en la segunda parte de su discurso; y si yo me permito añadir ahora algunas particularidades sobre dichas cuestiones, es sólo con el deseo de apoyar una idea que me parece muy excelente, por más que mi voz sea acaso la menos autorizada para salir á la defensa de propósito tan elevado.

La Antropología ha sido realmente creada por Buffon á fines del siglo XVIII, en su Historia Natural del hombre, al describir los caracteres exteriores de los diversos habitantes del globo, y por Blumenbach, que, con datos más exactos y el estudio de los cráneos, pudo agrupar y clasificar las variedades de hombres, llegando á la noción de raza y estableciendo la nomenclatura antropológica; pero aquella denominación no fué verdaderamente aceptada

sino desde el año 1850 en que Serres anunció sus explicaciones en la cátedra del Museo de París del modo siguiente: «Curso de Historia Natural del hombre ó Antropología». Hasta ese momento, todas las nociones adquiridas acerca de la especie humana se habían designado con los nombres de *etnografía*, de *etnología*, de *craneología*, etc., siendo mucho más limitado el campo de la Antropología que en la actualidad, por no haber llegado aún á su apogeo muchas de las ciencias en que tiene gran apoyo la Antropología moderna. Así, en la primera época, puede decirse que dicha Ciencia consistía tan sólo en la historia natural del hombre, es decir, en el examen de sus caracteres individuales, de las diferencias entre sus razas y de la distinta conformación de sus cráneos; mientras que hoy puede considerarse como la biografía de la humanidad, y en esta biografía no sólo se analiza su organización en sí misma, sino relacionada con los seres más afines, se inquiere el primitivo origen del hombre, se buscan las pruebas de su antigüedad en la tierra, y se averigua todo lo relativo al cruzamiento entre las diversas razas, á su aclimatación, á su lenguaje, á sus religiones, emigraciones, usos y costumbres: estudios todos que si bien en un principio han ido tomando incremento por la natural inclinación del hombre á darse cuenta de todo lo que le rodea, le han adquirido mayor aun desde que en el campo científico apareció la teoría del transformismo y volvió á reproducirse la antiquísima y casi olvidada cuestión del monogenismo ó poligenismo del hombre. Todo lo que se refiere á éste, ha sido pues, examinado con mayor perfección que antes, á fin de aportar datos para la solución de estas cuestiones en uno ú otro sentido: cuestiones muy difíciles de resolver en el terreno de la Ciencia, aun separándolas de todo lo que tiene relación con el dogma; y si, la Antropología se ha de conocer en toda su extensión y desde un punto de vista ele-

vado, hay que fijarse en esos dos importantes temas, alrededor de los que giran todos los demás conocimientos, suministrando multitud de datos, á pesar de los cuales acaso nunca se llegue á obtener una conclusión definitiva.

Hay que ocuparse, pues, en primer término, del transformismo de las especies, cuyos principios generales y de orden filosófico son debidos á Buffon, á Lamarck y á Geoffroy Saint-Hilaire, pero cuyo desarrollo se debe á Darwin, hasta el punto de que se conoce actualmente con el nombre de ley de Darwin ó *la lucha por la existencia*. De esta ley de transformación y de lucha por la existencia llega Darwin á deducir que casi todas las especies deben haberse derivado de un corto número de tipos, y acaso de uno sólo, reconociendo que su teoría de la selección natural no le parece capaz de explicar la transformación completa de los caracteres fundamentales que separan profundamente los tipos de la serie. Fué, pues, en un principio el transformismo de Darwin oligogénico, puesto que refiere el mundo organizado á un corto número de orígenes distintos; pero los alemanes y el mismo Darwin han ido últimamente más allá, siendo defensores de un transformismo monogénico, en el cual se hacen derivar todos los seres de un origen común, y se hace por lo tanto descender al hombre de especies de monos antropoides, con exageración tal, que uno de los partidarios de dicha teoría, el naturalista Claparede, dice en una de sus obras que quiere ser mejor el descendiente de un mono perfeccionado por la evolución que el de un Adán degenerado por el pecado.

Al lado de estos transformismos hay otro, un poco iniciado ya por Buffon, defendido después por Naudin y Madame Royer, y casi aceptado por Broca, puesto que este autor dice de él: «La noción fundamental del transformismo actual, considerando á los seres vivos como productos naturales, conduce á mi parecer lógicamente á la idea de orí-

genes múltiples, múltiples en el tiempo, múltiples en el espacio, múltiples también en sus formas primordiales, es decir, á un transformismo poligénico. Por mi parte, dejando á un lado la explicación de Darwin respecto á la selección natural y declarando que no son conocidos aún de una manera científica la aparición de los seres y los procedimientos de transformación de las especies, me inclinaría más bien al transformismo poligénico que al monogénico ó al oligogénico; porque las dudas que levanta en mi espíritu la doctrina de Darwin no tendrían razón de ser si se atribuyese á los seres organizados un número cualquiera, pero considerable, de orígenes distintos, y si se dejase de considerar la analogía de estructura como la prueba suficiente de una filiación común.» Este transformismo se halla más de acuerdo con las ideas que tienen los zoólogos y los botánicos acerca de los centros de creación y de las áreas de dispersión de las especies, y se halla otra vez apoyado por Broca, cuando con sus ideas poligenistas, y no conforme con el transformismo monogénico de Darwin y los alemanes, rechaza la descendencia del hombre de los monos, y le separa de ellos formando una familia con un género y varias especies. Dice así el célebre antropólogo francés: «He preferido la expresión de antropoides á la de antropomorfos, que es menos exacta: la primera no indica más que una semejanza con el hombre, semejanza más bien establecida por la anatomía que por la morfología; y la segunda señala un parecido de formas que ha impresionado á todo el mundo y que no niego, pero que no es lo suficiente para que se inscriban bajo el nombre de la familia: creo, por el contrario, que por los caracteres exteriores y por la forma sobre todo, se distingue la familia de los antropoides de la de los hombres».

Para esa discusión sobre la descendencia del hombre por selección natural, provocada por el transformismo mo-

nogénico de Darwin, han entrado como factores principales el paralelo anatómico entre el hombre y los monos, y el estudio de las funciones superiores del sistema nervioso en la serie animal, encontrando en ellos los partidarios de ideas opuestas argumentos á propósito para el sostenimiento de sus doctrinas. Respecto al primero, se ha investigado minuciosamente todo lo que se refiere al esqueleto, á la dentición, al sistema muscular y á los diversos aparatos y funciones de los monos, comparados con los del hombre, y mientras unos no ven más que gradaciones insensibles, á pesar de no haber hallado las formas intermedias, otros encuentran una distinción de gran valor en el desarrollo de las circunvoluciones cerebrales, pues las que primero aparecen en el cerebro del hombre son las últimas que se presentan en los antropoides; y si bien conceden que éstos se aproximan mucho al tipo humano, resultando de la comparación de los demás órganos sólo alteraciones ligeras, suponen en cambio que cualquiera de éstas puede realizar un cambio fisiológico considerable y que la comparación de las funciones entre ambos tipos revela diferencias de importancia. No es extraño, pues, que dos sabios de mérito, adversarios del transformismo monogénico de Darwin, hayan dicho, el uno, que la anatomía muerta no autorizaría una línea marcada de separación entre los antropoides y el hombre, pero que la anatomía viva permite decir que la familia humana se eleva por su organización á una gran altura sobre la que más se la aproxima; y el otro, que el hombre es ciertamente un mono por su forma, por su estructura y por el conjunto de sus disposiciones orgánicas, pero que es un Dios por su inteligencia y por las creaciones de su pensamiento.

Estas facultades superiores del sistema nervioso del hombre, admitidas ó negadas en los animales, han sido también puestas á contribución por los defensores ó im-

pugnadores del transformismo. Los partidarios de éste tienen que admitir la inteligencia en los animales y diversos grados de la misma hasta formar la cadena que los una por sus facultades al hombre; mientras que otros han marcado desde antiguo un límite con la creación del reino hominal, debida á Geoffroy-Saint-Hilaire, y que este naturalista ideó con el fin de establecer una separación absoluta. Así, unos autores de la escuela transformista estudian los seres animales como autómatas, como inteligentes y como sociables; se ocupan en comparar todos los actos que se refieren á las sensaciones, los instintos y los hábitos, en el primer grupo; á los sentimientos, pasiones é ideas, en el segundo; al lenguaje, la familia y la sociabilidad, en el tercero, y concluyen del modo siguiente: «Las primeras nociones adquiridas á la vista del mundo exterior, y en la existencia al aire libre, son las mismas para el hombre y el animal superior: éste atiende, como nosotros, á lo que sucede alrededor de él, observa é imita, tiene memoria é imaginación como la nuestra, y reflexiona é inventa. Lejos de obrar como un idiota ó un insensato, calcula sus actos y sabe sacar de ellos, según lo necesita, verdaderas conclusiones; tiene la idea del número tanto como muchos salvajes que apenas pueden contar hasta tres, hasta cuatro, y sólo con muchos esfuerzos hasta diez. El animal sociable comunica sus impresiones y sus sentimientos á sus semejantes por medio de signos exteriores; vive entre ellos y forma amistades y alianzas; reconoce jefes y seres superiores; hace la distinción de lo que es permitido y de lo que está prohibido; y tiene en la domesticidad la idea del deber, á lo menos bajo el punto de vista de una obligación impuesta. No se le puede negar la noción del tiempo, que depende de la de movimiento, y por consiguiente la apreciación de un orden cronológico en los sucesos y en los fenómenos; conoce la declinación de sus fuerzas y la

pérdida ó la desaparición de sus amigos; llega una época en que son perfectamente visibles los cambios físicos que en él sobrevienen, y acontece entonces la muerte, sin la cual no habría cambio, ni renovación, ni progreso».

Y cuando esos autores se ven estrechados por otros que les presentan la moralidad y la religiosidad del hombre como un sello distintivo entre él y los animales, replican: ¡la moralidad! quisiéramos poder afirmar que es un carácter inherente á la naturaleza humana, y nos alegraríamos de que todos los hombres estuvieran dotados de ella, pues desgraciadamente falta por completo muchas veces, y hay la curiosa particularidad de que este carácter no se halla representado por palabra alguna en el vocabulario de los indígenas de Australia. ¡La religiosidad! ¿Puede servir para caracterizar la especie humana, cuando hay muchos pueblos que no tienen religión alguna, y, entre los que son religiosos, muchos hombres no se ocupan de ella para nada? Hay en las razas inferiores pueblos sin culto, sin ideas metafísicas, sin creencias colectivas, y, por consiguiente, sin religión.

Véase, pues, cómo entre los que admiten identidad de facultades en el hombre y los animales, aunque en diferentes grados; entre los que niegan á éstos en absoluto la inteligencia; y entre los que, si bien se la conceden, es con ciertas limitaciones, diciendo que no pueden razonar, que son ineptos para el perfeccionamiento y para la piedad, que no sienten la necesidad de lo superfluo, que carecen de la facultad del lenguaje, etc., véase, repito, cómo entre ellos pueden suscitarse polémicas que, siendo en un principio del dominio de la Antropología, lleguen después á convertirse en cuestiones delicadas y difíciles, que entran de lleno en las que tienen agitado al mundo durante muchos siglos, cuales son las cuestiones religiosas.

El segundo punto importante de la Antropología es el

que se refiere al monogenismo ó poligenismo del hombre; es decir, á si todos los individuos han procedido de una sola pareja ó de varias parejas, no porque ese primitivo origen, apreciado de distinta manera por los sabios sólo en el terreno científico y dejando á salvo el dogma, modifique en nada la idea que tenemos del Supremo Hacedor, que lo mismo pudo crear una pareja humana y centenares de miles de especies de todas clases, como éstas y unas parejas más con los atributos esenciales de la humanidad, no constituyendo razas dentro de un tipo específico, sino especies dentro de un tipo genérico; sino porque esas diversas teorías han dado lugar á investigaciones curiosas en extremo y al conocimiento más perfecto de los seres humanos que pueblan las distintas regiones de la tierra.

La teoría monogenista, de origen caldeo, y transmitida después por las tradiciones de los hebreos á los judíos y de éstos al mundo romano, fué convertida en dogma por San Agustín en el año 415 de la era cristiana, con estas ó parecidas palabras: «Ningún creyente podrá poner en duda que todos los hombres, cualquiera que sea su color, su estatura, su voz, su proporción ó cualquier otro carácter natural, han salido de un mismo origen»; y en confirmación de esta teoría hay multitud de argumentos y razones que en su apoyo han presentado hombres tan célebres como Linné, Buffon, Blumenbach, Cuvier, Prichard, Quatrefages y Wiseman. Pero al mismo tiempo interesa al hombre científico conocer lo expuesto por los partidarios de la teoría poligenista, teoría que también tenía su razón de ser entre los pueblos más antiguos, puesto que estos creían que sus antecesores eran iguales á ellos y no habían venido de otros países, sino que habían aparecido por primera vez en el punto que habitaban, y teoría que fué sustentada por el Emperador Juliano en el año 365 al decir que en muchas ocasiones debió haber creaciones distintas de

hombres y de mujeres, porque no es más difícil crear muchas parejas que una sola. El poligenismo fué sostenido después del descubrimiento de América por el célebre médico Paracelso, por Bruno, Vanini, Peyrere, lord Kaimes, Virey, Bory de Saint Vicent, Agassiz, Morton, Pouchet y Broca, sin que hasta ahora se haya resuelto la cuestión en el terreno científico á favor de los monogenistas ó poligenistas, á pesar de que unos y otros se apoyan en las admirables investigaciones hechas por sabios de todos los países para fijar el concepto de la especie, para dilucidar lo relativo á los centros de creación y las áreas de dispersión de los seres, para inquirir el resultado final de los cruzamientos en las razas humanas, para señalar las notables diferencias que existen en los cráneos de éstas, para conocer la antigüedad del hombre sobre la tierra, y para adivinar por medio del estudio del lenguaje, de las condiciones de aclimatación y de los usos y costumbres de los pueblos, las emigraciones por la superficie del globo y las afinidades ó diferencias que presentan entre sí los individuos de la especie humana.

Teniendo de la especie el concepto más generalizado entre los naturalistas, que consideran como de una misma á todos los individuos semejantes ó con pequeñas diferencias accidentales (variedad) ó perpetuadas (raza), siempre que la semejanza se transmita de padres á hijos por la reproducción, los partidarios del monogenismo consideran á los diversos hombres como razas de una misma especie, no juzgando de valor distintivo específico sus diferencias anatómicas y morfológicas, puesto que hay cruzamiento entre ellos, y los mestizos resultantes pueden procrear igualmente con cualquiera de los tipos que los han dado origen. Los poligenistas se apoyan, por el contrario, en el hecho de que en ciertos puntos del globo, donde se han hallado hombres muy distintos en su aspecto de los antes

conocidos, los animales de aquella misma región pertenecen á especies, á géneros y hasta á ordenes zoológicos sin analogía con los de otros lugares de la tierra; en que el cruzamiento entre diversos tipos de hombres, aunque se perpetúe entre los mestizos, no significa afinidad específica, puesto que se observa en especies animales reconocidas como diferentes; y en que muchos de los cruzamientos entre individuos de las razas aceptadas por los monogenistas no llegan á ser eugenésicos como los que se observan en el cruzamiento de especies distintas en los animales. La hibridez en el género humano es, pues, la cuestión fundamental para dar á las razas el valor de tales, ó el más superior de especies; y los partidarios de la permanencia de éstas admiten que el Creador, para asegurar la fijeza de los tipos primitivos, ha colocado entre las especies más próximas barreras infranqueables, condenando á la esterilidad los productos de su unión, y aseguran, por lo tanto, que las especies que existen hoy día, aunque modificadas por la cultura ó por los climas, son, pues, las mismas que en la época de la creación, y que persistirán sin cambio y sin mezcla mientras duren las actuales condiciones del globo: en suma, que son permanentes é inalterables; que lo han sido antes, y que lo serán del mismo modo después. Esta teoría es la aceptada generalmente, es clara, sencilla y seductora, y está en armonía con las creencias de los pueblos más civilizados. Pero los poligenistas hacen notar á su vez que nuestro planeta ha sufrido cambios importantes, que han alterado por completo las condiciones de existencia de los seres; que han desaparecido numerosas especies; que les han sucedido otras; y que todo el mundo conviene en que no ha sido simultánea la creación de todas ellas. Además, respecto á la hibridez, suponen que las especies han experimentado ya por sus cruzamientos todas las fusiones y modificaciones de que eran sus-

ceptibles; que las destinadas á procrear juntas se han unido y han dado origen á infinitas variaciones, entre las que se encuentran con mucha dificultad los tipos originales; y que en otras, cuya afinidad era menor, sólo se han producido mestizos más ó menos fecundos, incapaces de perpetuar su raza; y que, no existiendo por este motivo las formas intermedias, dichas especies han permanecido perfectamente distintas en todo tiempo.

No siendo suficientes y decisivos los argumentos sacados del concepto de la especie y de la hibridez en la especie humana para resolver en un sentido ó en otro la cuestión del monogenismo ó poligenismo, se ha defendido por unos que el hombre sólo ha tenido un centro de creación, mientras que otros admiten varios centros para la familia humana, á semejanza de lo que generalmente está aceptado para las diversas especies animales y vegetales. Los monogenistas niegan la pluralidad de centros de creación, y para referir todos los hombres á una pareja, y por lo tanto á un solo centro, les es forzoso admitir una diseminación cosmopolita de la especie humana, causas eficientes de las emigraciones, y una adaptación á los diversos climas, pero cambiando los caracteres hasta el grado que podemos observar hoy día, y suponer que esas variaciones son de poca importancia dentro del tipo específico, como ya se ha indicado antes al tratar del concepto de la especie y de la hibridez en la especie humana. Los poligenistas admiten diversos centros de creación; no creen que la adaptación al clima sea una verdad demostrada y que produzca las diferencias anatómicas comprobadas actualmente en las razas ó especies humanas, y presentan en su apoyo el hecho vulgar y conocido de que las figuras étnicas de los antiguos monumentos de Egipto representan negros, mogoles, judíos é indígenas, cuyos tipos viven actualmente con los mismos caracteres, ya en el valle del

Nilo, ya en países adyacentes ó en regiones lejanas, visitadas por los conquistadores egipcios, á pesar del gran número de años transcurrido desde la erección de esos monumentos. Recuerdan, entre otros ejemplos, el de la gran procesión de Thotmés IV, que data de 1700 años antes de Jesucristo, y tiene hoy por lo tanto 3600 años de antigüedad, en la cual se nota perfectamente el tipo negro, tal como se encuentra ahora, aunque las figuras están hechas por los artistas egipcios de aquella época. Allí están representados con una cabeza lanosa, estrecha, con la frente inclinada hacia atrás, la nariz aplastada, y con un prognatismo muy acentuado, teniendo los dientes oblicuos y los labios salientes, y con un ángulo facial agudo de 65 á 70 grados, cuya significación zoológica sólo se ha reconocido desde hace cerca de un siglo. Y como en 3600 años que han mediado desde esa época hasta la actual, no ha experimentado el negro cambio alguno, no creen que el blanco se haya transformado en negro en los pocos siglos que mediaron desde el diluvio hasta el reinado de Thotmés IV, cuando en una época de igual duración los blancos no han podido convertirse en negros, á pesar de vivir en los mismos parajes del Africa ecuatorial. Así, dicen los poligenistas, en medio de los trastornos más profundos, de las emigraciones más lejanas, de los cataclismos sociales y políticos, y á pesar de innumerables cruzamientos, las principales razas del antiguo mundo han conservado sus caracteres físicos desde hace cuarenta siglos, en un grado suficiente para que todo el mundo pueda reconocerlas sin vacilación alguna en los más antiguos monumentos de las artes plásticas.

El estudio de los cráneos de las distintas razas actuales, y el de los encontrados fósiles en diversos puntos del globo y referidos á la especie humana por sus caracteres, ha suministrado también argumentos á los defenso-

res de una ú otra teoría, y, si bien no han podido convenir en una solución por todos aceptada, es indudable que la Craneología ha hecho ver las curiosas variaciones que se observan en esa parte del neuro-esqueleto humano, según su procedencia de una ó de otra raza. Geoffroy Saint-Hilaire hizo ya notar en otro tiempo que los individuos de la raza caucásica son ortognatos y hay en ellos predominio de la parte superior de la cabeza; que los mogoles son eurignatos, es decir, tienen muy ancha la cara al nivel de los pómulos; que los negros son prognatos ó presentan más saliente y desarrollada la porción que corresponde á los maxilares, y los hotentotes eurignatos y prognatos á la vez, participando de los caracteres de la raza amarilla y de la raza negra; y las modernas investigaciones de la Craneología han demostrado que los antiguos pobladores de Europa, según se puede colegir por los restos fósiles, eran en su mayor parte braquicéfalos, mientras que son dolicocéfalos los actuales habitantes, procedentes de las inmigraciones verificadas en el centro y oeste de esta parte del mundo por los pueblos de origen indo-europeo. Hay, sin embargo, en la época presente un pueblo dolicocéfalo, anterior á esas inmigraciones, que no puede considerarse como oriundo de las razas asiáticas, el pueblo vasco, pues además de que su lenguaje, no parecido á ningún otro de los que se hablan en Europa, revela tan remota antigüedad, confirmála también el examen de su cráneo, que, aunque dolicocéfalo, es estrecho en la *región frontal* y se halla más desarrollado en la parte posterior, á la inversa de lo que sucede en otras razas dolicocéfalas.

Con las diferencias señaladas por la Craneología en los diferentes hombres, coinciden también los diversos grados de inteligencia indicados por los autores y comprobados en ciertas razas; así, en los negros, cuyo ángulo facial es

más agudo, es tan notable la semejanza de su capacidad intelectual comparada con la del blanco, considerada en conjunto y no por casos particulares, que puede servir muy bien para expresarla el siguiente párrafo que figura en un notable trabajo del Dr. Corre: «El más alto grado de civilización á que puede llegar un negro es un estado de semibarbarie bajo el influjo de un islamismo grosero; en todos los puntos en que experimenta la influencia de los europeos, si se libra de las inspiraciones de una religión que le condena á la inmovilidad social, contrae vicios que le hacen retrogradar. En ninguna parte ha cedido francamente el negro al influjo de una civilización superior; no toma de la del blanco más que aquello que satisface sus instintos, y nunca lo que puede desarrollar su inteligencia; busca nuestros licores para embriagarse, nuestras armas para luchar en emboscada, nuestros vestidos para presumir; pero jamás he encontrado alguno de nuestros libros en las manos de un negro adulto al salir de las escuelas del Senegal. No creo que una experiencia de más de tres siglos permita esperar una modificación en las aptitudes étnicas del africano».

Esos diversos grados de conformación de los cráneos humanos y hasta de capacidad intelectual son debidos, según los monogenistas, á la diseminación del hombre por toda la superficie de la tierra, á su aclimatación en regiones muy distintas, y á la influencia del medio que, en períodos de tiempo muy largos, ha llegado á cambiar los caracteres de las razas primitivas. Los poligenistas, sin embargo, no creen que las razas conocidas pueden aclimatarse en todas las regiones del globo y permanecer allí un tiempo indefinido hasta cambiar en sus caracteres, como suponen los monogenistas; y además del ejemplo, antes citado, de las figuras halladas en los monumentos más antiguos de los egipcios, recuerdan las observaciones hechas

respecto á la aclimatación de los negros en Europa y de los blancos en el Africa ecuatorial, y que son, al parecer, de una importancia considerable. Aun con un clima bastante benigno, cual es el de Gibraltar y de Malta, la mortalidad entre las tropas negras, traídas á estas plazas por los ingleses, ha sido cuatro veces mayor que la de los soldados blancos, dominando las afecciones de los aparatos respiratorio y gastro-intestinal, por lo cual ha renunciado Inglaterra á reclutar más soldados de la raza africana para sus fortalezas europeas, y hay imposibilidad absoluta de que esa raza viva en el Norte de Europa, pues todos los individuos allí llevados sucumben de las afecciones del pecho, especialmente la tisis. En cambio, los de la raza blanca se aclimatan difícilmente en los países intertropicales del Africa, donde las fiebres producen una mortalidad considerable, y la permanencia de blancos en aquellas regiones se debe principalmente á la renovación é inmigración continuas, sin las cuales llegarían á desaparecer por completo, á pesar de que la raza blanca, por su mayor inteligencia y por la aplicación de conocimientos científicos é higiénicos, presenta mayor resistencia para la aclimatación.

La antigüedad del hombre sobre la tierra es también un asunto que entra de lleno en el campo de la Antropología, y según se asigne una época más ó menos remota á su aparición en la superficie del globo, la diferencia considerable que resulte en la unidad de tiempo ha de influir considerablemente en las conclusiones obtenidas por los monogenistas acerca de la modificación de los caracteres de las razas por la influencia del medio, siendo más favorable á su teoría una antigüedad remotísima, mientras que fechas más cercanas, coincidiendo con poca variación de los signos físicos de los hombres, dan más apoyo á las ideas poligenistas.

Para averiguar, hasta donde es posible hacerlo, la antigüedad del hombre, se han estudiado minuciosamente los restos fósiles que se consideran como humanos, su posición en los diversos terrenos, y la naturaleza de éstos; y de ello se ha deducido que el hombre apareció en la tierra en una época bastante anterior á la conocida por las tradiciones históricas, y se ha probado que fué contemporáneo de grandes mamíferos ya extinguidos. Las investigaciones hechas por muchos sabios han dado á conocer la clase de vida que el hombre primitivo tuvo en Europa, y todo aquel largo período de su existencia se ha dividido en épocas, denominadas de la piedra tallada, de la piedra pulimentada, del bronce y del hierro, confundiéndose esta última con la de los tiempos históricos. Esas diversas épocas han sido así llamadas por la materia y condición de los útiles empleados durante ellas por los primeros hombres en las necesidades de su vida; siendo de advertir que en la más remota, ó de la piedra tallada, vivieron á la par del hombre animales en la actualidad desaparecidos, como el mammoth, el oso de las cavernas y otros varios, sin que subsista incertidumbre alguna acerca de dicha coexistencia, por el hallazgo de cráneos verdaderamente humanos en unión de huesos de esas especies animales, de instrumentos de sílex debidos á la mano del hombre, y de dibujos toscos que representan dichos seres, y en condiciones tales en las capas que forman el suelo de algunas cavernas, que no ha podido quedar la más ligera duda acerca de su autenticidad y antigüedad prehistórica. Puede, pues, asegurarse que el hombre ha existido en el período cuaternario y alcanzado con toda probabilidad la época pliocena; no es por su organización corporal más que un mamífero, y han debido bastarle, por lo tanto, las condiciones de existencia que necesitan dichos seres; y así, donde ellos han vivido, ha podido vivir igualmente, siendo el contemporáneo de

los grandes mamíferos, creyendo algunos hasta en la posibilidad de su existencia en el período secundario. No todos los hombres de ciencia admiten la existencia del hombre, ni aun en los tiempos miocenos, porque habiendo desaparecido la fauna de mamíferos de esa época, no era posible que el hombre hubiera resistido á las causas de destrucción de los seres que vivían al mismo tiempo que él, si bien hay que tener presentes los medios de que podía disponer por su inteligencia para resistir á las causas de destrucción. Aun para los más exigentes, es indudable que el hombre presenció uno de los grandes cambios sobrevenidos en la superficie del globo, vivió en una de aquellas épocas geológicas en que antes se juzgaba imposible viviese, y fué contemporáneo de especies que no han llegado al período actual; pero no hay imposibilidad alguna de que haya sobrevivido á varias especies de la misma clase, presenciando otras revoluciones geológicas, y de que haya aparecido en el globo con los primeros representantes del tipo á que pertenece por su organización.

Si no temiera abusar de la paciencia de mis oyentes, entraría aún en consideraciones acerca del lenguaje de los pueblos, explicando los motivos en que se fundan los hombres de ciencia para admitir tres tipos de lenguas: las monosilábicas, como el chino; las polisilábicas ó de aglutinación, como el vascuence; y las de flexión, como las lenguas indo-europeas y siro-árabes; disertaría sobre la controversia suscitada entre los monogenistas, que refieren á un solo lenguaje primitivo todas las lenguas conocidas, aun reconociendo sus grandes y radicales diferencias, y los poligenistas, que juzgan imposible el parentesco entre el sanscrito y el hebreo, por ejemplo, á pesar de que estos idiomas corresponden ambos á uno de los tipos de lenguas que acabo de mencionar. Llamaría igualmente la atención sobre el poco valor que representa para la distinción de las

razas la identidad del lenguaje, si no la hay al mismo tiempo en los caracteres físicos, siendo debida la primera á las relaciones pacíficas ó violentas de unos pueblos con otros, suficientes para alterar su modo de expresión, pero no las diferencias materiales de su organismo; y citaríá, como ejemplos fehacientes, los negros de Santo Domingo, que hablan el francés, muchos indígenas de la América meridional, que hablan el español y el portugués, y los descendientes de los antiguos celtas, que usan un idioma derivado del latín. Si no temiera, repito, fatigar á un auditorio tan inteligente y tan benévolo, aún podría decir algo en apoyo de lo mucho y bueno que ha expuesto el Sr. Calleja en su discurso, ocupándome de los usos y costumbres de los pueblos, como la relativa á la curiosa deformación de los cráneos, que ha servido luego para conocer el itinerario de alguna raza en sus emigraciones, de sus creencias religiosas, de los productos de su industria, de sus monumentos, etc., etc., terminando con una reseña de los medios á que acuden los antropólogos para la distinción de las razas ó especies humanas, cuales son el examen comparativo del pelo, del color y de la estatura de los diversos hombres que pueblan la tierra, el estudio de su índice nasal y cefálico, del peso del encéfalo y de la cubicación de la cavidad del cráneo, y de todos aquellos caracteres á que han dado el nombre de zoológicos, de estéticos, de empíricos, de osteométricos y de antropométricos. Pero todo tiene fin, y yo voy á darle á esta precipitada é incompleta reseña de los muchos asuntos que entran realmente en el dominio de la Antropología, expresando mi satisfacción porque una persona de tanta iniciativa como el señor Calleja haya levantado aquí su voz en favor de los estudios antropológicos, temiendo que lo hecho hasta ahora no dé resultados por el insignificante número de alumnos que siguen la carrera de Ciencias Naturales, y deseando la

creación de un Instituto antropológico en la Facultad de Medicina de Madrid, para cuya medida, si aún no fuera suficiente todo lo expuesto por el Académico que me ha precedido en el uso de la palabra, le bastaría á un Gobierno ilustrado fijar su atención en lo dicho por los célebres antropólogos Broca y Topinard, en algunas de sus obras: «Los antropólogos de profesión en Francia son en su mayor parte médicos; tanto que muchos creen que no pueden ser admitidos sin este título en la Sociedad de Antropología». «Aunque la Antropología sea una rama de la Historia Natural y esté representada en el Museo por una cátedra, son en realidad los conocimientos médicos los que preparan mejor para su estudio, y la enseñanza completa de la Antropología debe ser colocada al lado de la enseñanza médica».

Y en tanto que se logran estos ideales, á los que debe suscribir todo hombre amante del progreso y adelanto de su patria, termino mi trabajo indicando las obras más curiosas que se han publicado sobre una ciencia tan amena, tan instructiva, y tan á propósito para hacer comprender al hombre las maravillas de la Creación y el poder del Supremo Hacedor, cual es la Antropología.

## NOTA BIBLIOGRÁFICA

- AGASSIZ (L.). *De l'espèce et de la classification en Zoologie*. París, 1869.
- BROCA (P.). *Instructions craniologiques et craniométriques de la Société d'Anthropologie de Paris*. París, 1875.
- BROCA (P.). *Mémoires d'anthropologie*. 4 vol. París, 1871 á 1883.
- BROCA y TOPINARD. *Revue d'anthropologie*. En publicación desde el año 1872. Muchos volúmenes.
- BROCA (P.). *Instructions générales pour les recherches anthropologiques à faire sur le vivant*. 2.<sup>a</sup> edic. París, 1879.
- BÜCHNER (L.). *L'homme selon la science, son passé, son présent, son avenir, ou d'où venons-nous? — qui sommes-nous? — ou allons-nous?* París, 1872.
- BÜCHNER (L.). *Conférences sur la théorie darwinienne de la transmutation des espèces et de l'apparition du monde organique*. París, 1869.
- BURMEISTER (H.). *Histoire de la création*. París, 1870.
- DARWIN (CH.). *L'origine des espèces au moyen de la sélection naturelle ou la lutte pour l'existence dans la nature*. París, 1872.
- DARWIN (CH.). *La descendance de l'homme et la sélection sexuelle*. 2 vol. París, 1872.
- DARWIN (CH.). *L'expression des émotions chez l'homme et les animaux*. París, 1874.
- DRAPER (J. W.). *Les conflits de la science et de la religion*. París, 1875.
- FAIVRE (E.). *La variabilité des espèces et ses limites*. París, 1868.
- FIGUIER (L.). *Les races humaines*. París, 1872.
- FIGUIER (L.). *L'homme primitif*. París, 1870.
- FLOURENS (P.). *Examen du livre de Mr. Darwin sur l'origine des espèces*. París, 1864.
- GENER (P.). *Contribution à l'étude de l'évolution des idées. La mort et le diable. Histoire et philosophie des deux négations suprêmes*. París, 1880.
- GONZÁLEZ. *La Biblia y la Ciencia*. 2 vol. Madrid, 1891.
- GONZÁLEZ-ARINTERO. *El diluvio universal*. Madrid, 1891.
- HAECKEL (E.). *Anthropogenie ou histoire de l'évolution humaine*. París, 1877.
- HAECKEL (E.). *Histoire de la création des êtres organisés d'après les lois naturelles*. París, 1874.
- HOUZEAU (J. C.). *Études sur les facultés mentales des animaux comparés à celles de l'homme*. 2 vol. Mons, 1872.

- HOVELACQUE (A.). *La linguistique*. Paris, 1888.
- HUXLEY (TH.). *De la place de l'homme dans la nature*. Paris, 1868.
- HUXLEY (TH.). *Les sciences naturelles et les problèmes qu'elles font surgir*. Paris, 1877.
- LAMARCK. *Philosophie zoologique*. 2 vol. Paris, 1873.
- LE HON (H.). *L'homme fossile en Europe, son industrie, ses mœurs, ses œuvres d'art*. Bruxelles, 1868.
- LUBBOCK (J.). *Les origines de la civilisation, état primitif de l'homme et mœurs des sauvages modernes*. Paris, 1873.
- MORTILLET (G. DE). *Matériaux pour l'histoire primitive et naturelle de l'homme*. En publicación desde el año 1865. Muchos volúmenes.
- MORTILLET (G. DE). *Le préhistorique. Antiquité de l'homme*. Paris, 1885.
- OMALLIUS D'HALLOY (J. J. D.). *Des races humaines ou éléments d'ethnographie*. Bruxelles, 1869.
- OTT (A.). *De la raison. Recherches sur la nature et l'origine des idées morales et scientifiques*. Paris, 1873.
- POUCHET (G.). *De la pluralité des races humaines. Essai anthropologique*. Paris, 1864.
- PRICHARD (J. C.). *Histoire naturelle de l'homme comprenant des recherches sur l'influence des agents physiques et moraux considérés comme causes des variétés qui distinguent entre elles les différentes races humaines*. 2 vol. Paris, 1843.
- QUATREFAGES (A. DE). *Charles Darwin et ses précurseurs françaises*. Paris, 1870.
- QUATREFAGES (A. DE). *L'espèce humaine*. Paris, 1877.
- QUATREFAGES (A. DE). *Hommes fossiles et hommes sauvages. Études d'anthropologie*. Paris, 1864.
- QUATREFAGES (A. DE) Y HAMY (E. T.). *Crania ethnica. Les crânes des races humaines décrits et figurés d'après les collections du Muséum d'Histoire naturelle de Paris, de la Société de Anthropologie de Paris, et les principales collections de la France et de l'étranger*. 2 vol. Paris, 1882.
- TOPINARD (P.). *La antropologia*. Madrid, 1878.
- TOPINARD (P.). *Étude sur les races indigènes de l'Australie*. Paris, 1872.
- TOPINARD (P.). *Éléments d'anthropologie générale*. Paris, 1885.
- VOGT (C.). *Leçons sur l'homme: sa place dans la création et dans l'histoire de la terre*. Paris, 1865.
- WALLACE (A. R.). *La selection naturelle*. Paris 1872.
- ZIMMERMANN (W. F. A.). *L'homme; merveilles de la nature humaine, origine de l'homme, son développement de l'état sauvage à l'état de civilisation*. Bruxelles, 1867.
-